

Esquema biográfico del Cardenal D. Gaspar Dávalos y otros hijos preclaros de la Sierra de Segura ⁽¹⁾

Por Genaro NAVARRO LOPEZ
Consejero de Número del I. de E. G.

QUIERE la hidalga cortesía y así lo exige también la justicia, que sean mis primeras palabras, de rendido y efusivo agradecimiento por la honra preciadísima con que habéis distinguido acogiendo en esta doctísima casa a quien con verdadero conocimiento de sí mismo, sabe, que por carecer de méritos que le hagan digno de compartir vuestras tareas, no puede brindar prendas y talentos que otros trajeron y sí sólo ofrecereros perseverancia y voluntad al servicio de la altísima misión que os está encomendada.

Aprendí del insigne Azorín, que hay tanta inmodestia en no aceptar tercamente un honor, como en prodigarse persiguiéndolo y como no encuentro mejor medio ni excusa para justificarme ante vosotros y por otra parte si el agradecimiento es sincero y fluye del alma, bástanle pocas y sobrias palabras para manifestarse, reduzco las mías a daros gracias cordialísimas a todos.

La elección de tema

VACILABA mi torpe y desmañada pluma ya sobre las cuartillas, en la elección de tema para este discurso y así, en mis primeras cavilaciones, pensé haber escogido uno, que sin duda podía

(1) Discurso leído en la solemne sesión de apertura del curso 1962/63 el día 3 de Noviembre de 1962, del Instituto de Estudios Giennenses.

haber resultado curioso y ameno, «Jaén visto por los extranjeros», desde Mohamed Al-Edrisi, pasando por Jerónimo Münzer y el barón Daviller, hasta los más recientes viajes de Teófilo Gautier y Dumas. Al fin me decidí por el que voy a desarrollar, explicando antes en brevísimas palabras, la razón de mi preferencia:

Aunque existen trabajos concienzudos y eruditísimos acerca de aquellos esclarecidos varones, que nacidos en nuestra tierra se distinguieron en el devenir del tiempo, por su virtud, sabiduría y letras, falta sin embargo, un verdadero catálogo, en el que tengan cabida cuantos de algún modo contribuyeron a enaltecer el Santo Reino de Jaén, y abrigando la esperanza de que este Instituto, que tan merítísima labor viene realizando en el cultivo de las disciplinas literarias y de los buenos estudios, acometa como en tantos otros lugares se ha hecho, tan laudable empeño, para cuando la ocasión sea llegada, hemos juzgado del caso, apuntar los datos biográficos que hemos podido adquirir sobre aquellos claros varones que nacidos en la Sierra de Segura, tienen timbres suficientes y títulos bastantes para llamar la atención de los hombres doctos y ocupar un puesto honroso en la total historia de la cultura giennense.

Por otra parte, entendíamos, que preocuparse de la propia región donde nacimos y abordar para captar la atención de los estudiosos, los temas con ella relacionados, podría ser, y no sólo por razones afectivas, asunto interesante para tratarlo en un centro de estudios regionales. Ello es en este caso tanto más indicado, cuanto, que por el retraso que con relación a otras comarcas y zonas de nuestra provincia se encuentra la investigación histórica en la de la Sierra de Segura, siempre sería oportuno airear y dar a conocer, aquellos sucesos, acontecimientos y personajes, que por su importancia y relieve merezcan ser difundidos.

Muchas ciudades dicen ser patria de Homero

MUCHAS son las ciudades que se disputan ser la patria de Homero, y así, cuando la biografía de algún héroe glorioso o personaje célebre no aparece bien estudiada o presenta alguna bruma, ciudades y pueblos razonan sobre conjeturas o forjan presunciones para atribuirse la honra de haber mecido su cuna. Esto acontece

con el que fué Cardenal Arzobispo de Santiago, preconizado de Toledo, D. Gaspar Dávalos, una de las personalidades más representativas del alma española de nuestro siglo de oro. Ejemplo de piedad y de trabajo, de señorío y de grandeza, es una de esas raras figuras que nos presenta la historia, en las que la virtud, la elocuencia, la actividad y el pensamiento se ofrecen fundidos a la admiración de sus contemporáneos, y dejan con trazo indeleble marcada la luminosa estela de su personalidad; fué ésta, de tan destacado relieve, que todos los autores y biógrafos, son unánimes en proclamarlo. Las disensiones surgen en cuanto al lugar de su nacimiento.

«Concurrían en el nuevo prelado —dicen algunos— cualidades que el Santo Bernardo enunciaba como precisas para el ejercicio de la alta dignidad de la Iglesia, y así, don Gaspar Dávalos era en su vida y por sus disposiciones, norma de justicia, firmamento de verdad, adelantado de la fe, paladín del cristianismo, y en suma, espejo de perfección». «Preciso sería —escribe otro— para arrancar su nombre de Granada, destruir de cuajo la ciudad. Apenas hay rincón y calle que no recuerde el paso de este ilustre Prelado, por la Sede de San Cecilio. En el granito de la curia arzobispal, frente a la Monumental Catedral, está grabado para perpetua memoria junto al nombre del gran Emperador de España, el de Gaspar de Avalos. Es la fachada de la antigua Universidad».

En la historia del Obispado de Guadix, se lee, que fué varón eminente en santidad, y en sabiduría y dignidad, cuyas acciones heroicas, necesitaban ser narradas en volumen separado.

La «Historia de la Santa Iglesia de Santiago de Compostela», añade que «la aureola que rodea el nombre del nuevo Arzobispo debía hacer presentir a la Diócesis Compostelana, días felices y venturosos».

El apóstol de Andalucía, Beato Juan de Avila, aquel de quien Fray Luis de Granada decía, que sus sermones eran como arcabuz de mucha munición, que en disparando le quedaban heridos muchos pájaros, le tributa las mayores alabanzas y el mismo Fray Luis se refería a él, llamándole «Gran Prelado y Siervo de Dios».

En fin, el ilustre Canónigo de la Catedral de Granada, don Tarsicio Herrero de Collado, afirma, que «por la grandeza de su corazón y su ánimo esforzado es comparable con el Cardenal Cisneros». Re-

cientemente, el escritor gallego Sr. Bouza Brey, le califica de ilustre por su bondad y su munificencia.

No es, pues, sorprendente, que Guadix, Murcia y Baeza, se disputen ser el lugar natal de este egregio purpurado; Murcia, de cuya catedral fué Canónigo Magistral, le incluye sin vacilar en el Centón de sus hijos ilustres (Pío Tejera, Biblioteca del Murciano, Madrid 1896), y Guadix tiene por indiscutible que allí nació el que fué su preclaro Obispo, «Siervo de Dios y Orgullo de la Raza». así se afirma en admirable nota histórico-biográfica publicada con ocasión del cuarto centenario de la fundación del Monasterio de Santa Clara, en noviembre de 1960. Por último y juzgando quizás que una rama de la noble estirpe de los Dávalos tuvo solar en Baeza, algunos se inclinan a considerar, que fuera allí donde vió la primera luz.

La circunstancia de haber ocupado puesto en la bella ciudad de Segura y de pertenecer al ilustre linaje de los Dávalos o de Avalos originario de Baeza pero una de cuyas ramas se estableció en Murcia, unida a esa humana propensión que antes aludimos, de ilustrar las glorias locales contando entre sus hijos, aquellos personajes distinguidos por la fama, cuando las sombras de la historia dan para ello pretexto, no es motivo bastante para afirmaciones tan sin prueba. Lo mismo sucede con Baeza que invoca a su favor, el nacimiento en la histórica ciudad, de Isabel de Avalos, hermana del insigne purpurado y primera abadesa del convento de la Encarnación fundado por él mismo en Granada.

En Guadix, dicen, que frente a la pretensión de Murcia y Baeza, de arrogarse el gran honor de haberle visto nacer, esta antigua y señorial ciudad es su verdadera patria, porque así se conoce por la tradición, allí tenían casa y hacienda sus padres, unos de los primeros pobladores, después de la reconquista de la ciudad, y porque así lo acreditan los documentos obrantes en el Colegio Mayor de Santa Cruz de Valladolid, a los que se debe dar crédito por el cuidado y atención con que se guardaban las informaciones de los colegiales, y más aún, los relativos a las estancias de aquel excelente alumno, su lustre, su honra, que logró el primero la Mitra Arzobispal y el Capelo, de todos los Colegios de España.

Nos hacemos cargo de la entusiasta admiración a que mueve este Príncipe de la Iglesia, a quien se refiere el citado Sr. Herrero del Collado, llamándole «el coloso accitano» y D. Pío Tejera, «varón in-

signe por muchos títulos clarísimos, murciano ilustre», pero no se pueden sostener con tan frágiles argumentos, sus respectivas tesis, pues por lo que a Guadix atañe, si bien es cierto que en esta ciudad había fundado linaje y fué en ella Regidor su abuelo don Rodrigo de Avalos, procedente de la noble casa de este apellido establecida en Murcia, la verdad es que ello no es probanza bastante y que esos «libros y papeles» del archivo del Colegio Mayor de Santa Cruz, no corroboran tampoco que en Guadix tuviera su cuna el gran Cardenal. El único documento, que existe, el Libro de Colegiales, examinado directamente por nosotros, no puede ser más contradictorio: «Gaspar de Avalos, natural de Murcia de Cartagena, entró en la prebenda de Villarreal a 2 de agosto de 1509...» Así empieza el texto que luego sigue de esta manera: «para escribir las virtudes y santa vida de este varón excelente fuera necesario gastar mucho tiempo, no hacer catálogo, sino historia, y por esto solamente procederé por sumas. Nació en Guadix y criose cuando pequeño en casa de don Pedro Talavera...».

En último término, esta hipótesis cae por su misma base, ya que Guadix en el año 1485, fecha del nacimiento de Gaspar Dávalos, era todavía territorio perteneciente al reino musulmán de Granada y no sería tomada por los cristianos hasta el 1489. Por tanto, una de dos, o no nació allí, o si nació era hijo de padres musulmanes, cosa que no es cierta, como es fácil de probar.

Por lo que a Murcia se refiere, las noticias, son aún más insuficientes. Pío Tejera, siguiendo a Cascales, que sin duda tomó el dato de Bermúdez de Pedraza, escribe que nació en Murcia en el año 1485, de nobles y acaudalados padres, que lo fueron don Pedro Dávalos, caballero de la Orden de Santiago y doña Ana de Agüero, personas de respetable significación en aquella ciudad.

La noticia no puede ser más inexacta, pues entre los antepasados del Cardenal establecidos en Murcia y que luego fundaron solar en Guadix, no figura ningún don Pedro de Avalos y en cambio es seguro, que el padre del Cardenal, se llamó don Rodrigo, pues así lo dice Pedraza y sobre todo resulta del testamento que el propio don Gaspar otorgó en Santiago de Compostela a 23 de diciembre de 1544, y en el que dispuso acerca de su cadáver, que si falleciere fuera del reino de Galicia, se le diera sepultura en la Capilla Mayor de la Iglesia de Santiago de Guadix, «que él había edificado a sus expensas, jun-

to con los cuerpos de sus padres Rodrigo de Avalos y su hermano Juan de Avalos».

Respecto a la afirmación de Martín Jimena, de que fuera hijo de Baeza, ella no tiene otro fundamento que el de haber vivido algunos años su padre en esta ciudad y ser oriunda de allí, la Casa de Avalos.

Si bien es cierto esto, no lo es menos, que su familia residió también en Murcia, Alcaraz y Guadix; debemos, pues, rechazar esta prueba, como poco convincente. Otro dato en el que se basa Martín Jimena para defender su postura, es el de que en aquella ciudad nació Isabel, hermana del Cardenal; pero el hecho de que naciera allí una de sus hermanas, a la cual además llevaba de diferencia muchos años, no prueba en manera alguna que fuera Baeza el lugar de su nacimiento.

Es curioso, que esta obstinada porfía entre autores y ciudades, que tan minuciosamente han escudriñado la vida de esta gigantesca figura, no haya podido ser dirimida con el acta de su nacimiento, o con algún otro documento fehaciente, que pusiera fin a la contienda. Ello, como todo en la vida, tiene cabal explicación y Dios que escribe derecho con renglones torcidos ha deparado, a quien os dirige la palabra, la gozosa averiguación de que su pueblo natal La Puerta de Segura, es la patria del gran purpurado, rectificando así aquellas versiones y desvaneciendo inequívocamente, todas las dudas hasta ahora existentes.

Hace ya algún tiempo, que examinando en la Real Biblioteca del Escorial, el manuscrito de las Relaciones Topográficas de Felipe II, en la descripción de Segura de la Sierra, leímos, «que del lugar Puerta, aldea de esta villa, salió don Gaspar de Avalos Arzobispo de Granada», y nuestro íntimo alborozo hallaba confirmación seguidamente, en los folios 429/453 del mismo manuscrito, en el que correspondiendo al Capítulo XXXVIII del Cuestionario, ante el Escribano Francisco Vázquez, dijeron los vecinos de La Puerta «que en la dicha fortaleza ya referida nació don Gaspar de Avalos, Arzobispo que fué de Granada y después Cardenal de Santiago y después de cinco días Arzobispo de Toledo y su madre que está enterrada en la Iglesia Mayor de este lugar junto a la peana del altar, la cual se llamó Ana Dureña».

«La dicha fortaleza... es en el lugar Puerta, jurisdicción de la Villa de Segura de la Sierra». Este lugar Puerta, no es otro que nuestro pueblo natal, el actual pueblo de La Puerta de Segura, al que se concedió su título de villazgo de 1833 y al que, para diferenciarlo de otros pueblos de igual toponimia, se añadió en 1917, el apelativo «de Segura».

Así, pues, la coincidencia de estas descripciones de Segura y de La Puerta, en designar este último punto como patria chica del Cardenal, es por sí sólo testimonio suficiente para darlo por cierto, pues las Relaciones se despacharon en diciembre de 1575, o sea, 25 años después del óbito de aquél, plazo asaz breve para que aún perdurase la memoria del suceso, y por otra parte cabe vaticinar, que aún vivirían quienes por propio y directo conocimiento podían deponer sobre ello, como sucedería sin duda, con Rui Gómez, Francisco Pérez y Ginés García el Viejo, «personas antiguas, que entienden bien lo contenido en dicha instrucción» y fueron los designados para declarar acerca de lo mandado por S. M., y en su nombre el señor gobernador de Sigura».

Mas con ser evidente lo que dicho queda, aún hay algo más valioso y definitivo: Existe en Vegadeo, la «Biblioteca Municipal, Emilio y Armando Cotarelo», a la que pertenece un manuscrito del siglo XVI donado a dicho centro por la viuda e hijos de don Armando, y ese manuscrito de once páginas, sin foliar, ha sido publicado por el erudito escritor gallego, D. F. Bouza Brey, en el volumen II, número 2, abril-junio, 1958, de la revista Compostelanum (Sección de Estudios Jacobeos). En él se inserta —escribe su transcriptor— «una sencilla y llana recopilación de recuerdos biográficos del que fué arzobispo de Santiago, ilustre por su bondad y su munificencia, don Gaspar Dávalos», agregando el señor Bouza, que el autor de tal documento debió vivir muy cerca del Cardenal, como ayuda de cámara o fámulo suyo, pues conoce lo íntimo de sus costumbres y está escrito bajo las inmediatas impresiones de quien conservaba gran cariño a su señor, cuyas virtudes pone de manifiesto a cada paso.

Rectifica y pone en claro las noticias de este relato, otras recogidas por algunos investigadores, y así, en lo referente al sitio de su nacimiento, se lee en el Capítulo I, que «este bienaventurado fue hijo de muy nobles padres y del linaje antiguo de los Avalos. Nació en La Puerta que es un lugarcito pequeño». Así lo afirma quien mo-

tivos tenía para saberlo, pues si escribe sobre la vida y doctrina y la buena y loable memoria del eminentísimo señor Cardenal que está en gloria, lo hace «como testigo de vista de onze años que le seruí de dentro de su cámara diré y lo demás pregunté a personas fidedignas que lo conocieron desde su niñez santa y bienaventurada».

Añade el manuscrito, que «viniendo por allí de camino le tomó a su madre el parto y al cabo de cuarenta días después de parida deste, falleció desta presente vida». No se aclara si la familia iba de paso ni cuánto tiempo permaneció en el lugar, añadiendo tan sólo, que desde allí su padre fue a vivir a Baeza. Tal vez, el matrimonio Avalos tuviera su residencia en Segura, tal vez alguna misión le llevara a La Puerta. Segura era todavía en las postrimerías del siglo XV, un pueblo importante, con extensa jurisdicción, amén de tener allí sede el Comendador, Gobernador, Vicario, la Justicia mayor, etc., y bien puede aventurarse la idea, de que el padre de don Gaspar tuviera allí empleo, función o negocios que solventar o fuera deudo de persona principal, que de mucho rango les había en Segura, pues como rezan las crónicas, por partir sus términos con el Reino de Granada y ser sus pobladores gente de guerra, siempre andaba en armas y muchos que han querido probar hidalguías así de Ubeda como de otras partes, han alegado y probado, que son naturales de esta villa».

Téngase en cuenta, que D. Rodrigo Dávalos era caballero santiaguista, su hijo D. Juan, Comendador de la Orden y que la Encomienda más preciada fue siempre la de Segura. En Segura también hizo asiento una rama de los Zambrana, alcaides de aquel castillo y, que había unido su linaje con los Dávalos.

Razones similares autorizan la hipótesis, de que el progenitor de D. Gaspar tuviera misión que cumplir en La Puerta, ya que de tratarse de un viaje de tránsito, por elevada que fuera su alcurnia, se habría acogido a alguna posada o casa del lugar, más no en la fortaleza, y como sabemos por las Relaciones, fue precisamente en este castillo, donde acaeció su natalicio. Agréguese, que la madre falleció después de cuarenta días y recibió sepultura no en el Camposanto, sino al pie del altar mayor de la Parroquia, dando todo ello verosimilitud a la creencia de que los Avalos tuvieran asiento en La Puerta; y como este lugar «poblado en la provincia de Castilla mojón del reino de Murcia, y reino de Granada y reino de Toledo

—según dicen las Relaciones— está fundado por el Obispo de Cartagena», he ahí, acaso, la explicación de que en el libro de Colegiales de Santa Cruz, se diga, que Gaspar Dávalos era «natural de Murcia de Cartagena».

Aparte de las pruebas documentales citadas, no podemos despreciar la existencia en el pequeño pueblo de La Puerta de una tradición de casi cinco siglos que nos refiere cómo nació el arzobispo en una torre existente en la ciudad y cómo su madre fue allí enterrada; junto a la torre debió levantarse un castillo, destruido por encontrarse en estado ruinoso y sustituido por un barrio nuevo, que recibe el expresivo nombre de «barrio del Castillo». La torre todavía se mantiene en pie y es empleada como prisión.

Debidamente justificado el lugar de nacimiento de D. Gaspar, digamos ahora, que acaeció en 1485, puesto que consta que ingresó en el Colegio Mayor de Santa Cruz a la edad de 24 años. Según Pedraza, Antolínez y Suárez, el padre de D. Gaspar Dávalos fue D. Rodrigo de Avalos; este criterio no es seguido por Gil González Dávila y por fray Antonio Liaconio, para los cuales, el padre del Cardenal, no se llamó D. Rodrigo sino D. Pedro. A nuestro parecer, no existe duda alguna de que su nombre fuera Rodrigo, ya que existe documentación de que estuvo enterrado en la iglesia de Santiago de Guadix, juntamente con D. Juan de Avalos, Comendador e hijo suyo, y hermano por tanto de D. Gaspar; así lo declara el mismo Comendador en las escrituras de fundación del Convento de Santa Clara de Guadix, referidas por el Padre Torres: «Fueron regidores de esta ciudad el mismo D. Rodrigo y su hijo el Comendador como consta en las escrituras...» Fue D. Rodrigo de Avalos del ilustre linaje del famoso condestable, aunque como hace notar nuestro paisano D. Diego Muñoz-Cobo, no descendiera de él, sino de una rama colateral establecida en Murcia, que enlazó con el también ilustre linaje de la Cueva que asimismo había afincado en Guadix adonde se había trasladado desde Ubeda D. Diego, abuelo materno del Cardenal. Su madre sería doña Ana de la Cueva y no doña Isabel como dice Muñoz-Cobo, ya que Ana es el nombre que se le da en las Relaciones Topográficas y este mismo nombre llevó la esposa de D. Diego y abuela materna. Del primer matrimonio de D. Rodrigo nacieron Juan, Gaspar y Leonor; del segundo, Isabel de Baeza. Don Juan de Avalos contrajo matrimonio con doña Isabel de la Cueva, teniendo

dos hijas, Ana y María, que profesaron en el Monasterio de la Encarnación de Granada. Doña Leonor, que vivió siempre en Guadix, estuvo casada con D. Hernán Bravo de Zayas, descendiente de los Messía de Baeza; de este matrimonio proceden los descendientes actuales de la rama Avalos. Doña Isabel de Baeza fue enviada a educarse al Monasterio de San Antonio, de esta ciudad, en donde poco después profesó; don Gaspar siempre tuvo predilección por esta hermana, a la que tantos años de diferencia llevaba. Desde La Puerta, hubo de trasladarse la familia a Baeza donde residió algunos años, al cabo de los cuales, fueron a vivir a Alcaraz, donde el pequeño Dávalos aprendió las primeras letras. Desde esta ciudad y cuando ya contaba ocho años, fijaron su residencia en Guadix.

No tardaría el parvulillo en descubrir brillantes cualidades de aplicación y de clarísima inteligencia, que aconsejaron a la familia enviarlo con su tío el venerable Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada. La educación cristiana que había recibido y el ejemplo, magisterio y virtud de aquel santo varón, fueron robusteciendo la espontánea inclinación religiosa que iniciada a edad temprana, culminaría en su elección para la Sede Primada de Toledo, luego de haber ocupado la silla episcopal de San Torcuato y haber sucedido en la Archidiócesis de Granada a D. Hernando, que así lo había profetizado.

Magistral en Murcia

A los 16 años, obtiene la licencia del santo Arzobispo que le había tomado gran cariño por su amabilidad, aplicación, talento y piedad, y parte para Salamanca a estudiar Teología y Artes, graduándose a los 21, y como su sed de saber y vocación hacia las cosas de Dios es insaciable, con la ayuda de su próximo pariente, el Marqués de los Vélez, estudia Teología en la Sorbona, durante siete años más, siendo lo más probable que residiera en el Colegio de Santa Bárbara. Al regreso a España donde la fama de su virtud y saber ya empezaba a adquirir notoriedad, obtiene por oposición una beca en el Colegio Mayor de Teólogos de la Santa Cruz de Valladolid, en el que permanece ocho años edificando a todos con la ejemplaridad de su vida, la profundidad de su conocimiento y la elocuencia de su decir.

Hemos de hacer notar, que D. Gaspar fue el primer alumno de todos los Colegios Mayores españoles que obtuvo la mitra arzobispal y el capelo cardenalicio.

Ya a partir de este tiempo, el sólido prestigio y la fama de sus méritos se extendían por todos los ámbitos de la patria, por lo que su magisterio es muy solicitado; mas son los religiosos jerónimos de Guadalupe en Salamanca los que consiguen, no sin grandes esfuerzos, que explique teología en aquel célebre monasterio, aunque por poco tiempo, porque designado canónigo magistral de Murcia, con gran contrariedad de los frailes, no tuvo más remedio que dejarlos para ir a ocupar su nuevo cargo, en el que durante los siete años que lo desempeñó, el púlpito de Murcia fue la mejor cátedra de elocuencia sagrada. Maestro en disciplinas eclesiásticas, adornado de amplia cultura filosófica, ávido de verdad y más ávido todavía de difundir la luz de la fe para alumbrar las almas extraviadas, dueño de un corazón magnánimo y generoso, sus sermones alcanzan tan amplio eco en todos los sectores de la ciudad, que los fieles se disputaban su entrada al templo para mejor ver y oír al insigne orador.

«No podía estar oculto por mucho tiempo, un astro de tal magnitud —escribe Herrero del Collado—. Su vida intachable y el acierto a los negocios de la Inquisición a él encomendados, corrieron pronto de boca en boca y llegaron a los palacios imperiales de Carlos V. Su humildad le hacía ocultarse y sus conatos de pasar inadvertido, más claramente ponían de manifiesto su grandeza y los méritos de su persona».

Obispo de Guadix

ES por ello, que habiendo vacado la sede episcopal de Guadix, el Emperador le presentó para desempeñarla y durante más de un mes, se resistió a aceptarla porque en su humildad consideraba como San Bernardo, que el Prelado debe ser, norma de justicia, espejo de perfección, modelo de piedad, firmamento de la verdad, defensor de la Fe, doctor de las gentes y capitán del Cristianismo, y él, dechado de piedad, prudencia y sabiduría, se juzgaba indigno e incapaz de ceñir la mitra.

He aquí cómo al cabo de los siglos, dos poblaciones españolas

vuelven a encontrarse: Segura se incluyó desde tiempos remotos en el Obispado de Guadix. En el Concilio toledano convocado durante el reinado de Wamba (672-681) para proceder a la delimitación de los Obispados de España, se hizo esta asignación que, al parecer, confirmaba otra de los tiempos del Papa San Silvestre (314-336):

«Acci teneat de Secura usque Montaniam».

Ambrosio de Morales lo confirmaba: «Guadix tenga desde Segura hasta Montaña». Y lo mismo, la Historia General de España de Alfonso el Sabio.

Por tanto, los antiguos límites del Obispado de Guadix, por Levante, ya que por las otras fronteras son confusas y de difícil identificación, comprendían a Segura, que como escribe el Dr. Suárez, «el nombre de Segura, tan conocido entre los geógrafos por su tierra y manantiales, es permanente hasta hoy».

Su pontificado en Guadix, fue harto breve, pues apenas si duró tres años, mas no por ello dejó de ser asombrosamente fecundo. Supo desde el primer momento, granjearse el respeto y amor de todos. Visitó el Obispado, restaurando la disciplina; desempolvó e hizo proseguir el pleito con el Arzobispo de Toledo sobre la jurisdicción de Baza y Huescar, y sobre todo, se aplicó con tan ardoroso empeño, en el adoctrinamiento y conversión de los moriscos, que como dice el manuscrito de Vegadeo, contrajo una «enfermedad, de los soles, sermones y continuo estudio, que le puso al fin de sus días y pensaron que muriera».

Seguía el Emperador muy de cerca y con cuidadosa atención, la admirable actividad del prelado en defensa de la fe y servicio de la Patria y ello le movió a designarle, juntamente con los más insignes teólogos y letrados del Reino, como el Cardenal Tabera, Fray Antonio de Guevara, cronista de César, y el obispo de Osma y confesor del Emperador, García Loaysia, para poner remedio al problema de los nuevos cristianos en los reinos de Granada, Murcia y Valencia.

Es designado Arzobispo de Granada

EL 20 de junio de 1528, murió el arzobispo de Granada, Ramírez de Alba, y cinco días después se reunió el cabildo catedralicio que acordó dar noticias al Emperador, de la muerte del Arzobispo y suplicarle se dignase proveer esta silla vacante en la per-

sona de Francisco de Mendoza, futuro Obispo de Coria (1538) y más tarde Arzobispo de Burgos. Esta vez el Emperador no atendió la súplica del Cabildo y presentó a otra persona perteneciente a su Consejo, que le resultaba de confianza, que tenía conocimiento claro de la tierra y de sus futuros fieles y que ponía un gran celo en todo aquello que se le encomendaba; esta persona no fue otra que el Obispo de Guadix, don Gaspar Dávalos. El Pontífice reinante, Clemente VII, en el mismo año de 1528, lo confirmó y el 28 de octubre llegó a Granada la designación.

No consta el día que tomó posesión de la Sede, ni quién la tomó por él, pero se sabe que a fines de diciembre hizo su entrada solemne y prestó el juramento acostumbrado.

Desempeñó el cargo durante 13 años y causa asombro su fecunda actividad al frente de la Archidiócesis, más aún, dado su temperamento nada propenso a delegar las obligaciones y responsabilidades fundamentales del gobierno. Su pasmosa actividad, no tuvo otras metas que el servicio de Dios y España, y así, reforzó las costumbres y disciplinas algo relajadas del clero, dio constituciones a su iglesia, hacía frecuentes visitas pastorales por toda la Archidiócesis y muy asiduamente también a los hospitales y casas de caridad. Predicaba continuamente y desde luego todos los días de fiesta. Fundó colegios y seminarios, de los que luego haremos relación y en este glorioso pontificado florecieron muchos seguidores de su ejemplo y doctrina, que fueron sus colaboradores, entre los que figuran, colosos como Juan de Avila, el apóstol de Andalucía; Fray Luis de Granada; Fray Francisco de Lorenzo, evangelizador de Méjico, donde encontró el martirio, y el Padre Fernando de Vargas, de ejemplarísima vida y eximio teólogo, a quien encargó la cura de almas en las Alpujarras.

Sentía especial devoción por el Santísimo Sacramento y ordenó en Granada lo mismo que hiciera luego en Santiago de Compostela, la fiesta del Corpus, gloria, orgullo y fama de la ciudad del Darro.

Apenas se puede creer la brillante trayectoria seguida con tan pujante vida, por un solo hombre que simultaneaba la erección de estos centros de la Iglesia con una consagración total y plena a su tarea de cristianización de aquella reconquistada ciudad, en el breve espacio de 1528 o 29 a 1541.

La clave está, en que era metódico organizador del trabajo, lo

que multiplicaba el tiempo, luchador tenaz e infatigable, no desperdició un solo momento ni siquiera en el pasatiempo más inocente o baladí, conocedor a fondo de los principios de la Filosofía perenne y las luces de la Teología; es decir, era sin duda, de la auténtica estirpe de los grandes españoles.

No es de extrañar por tanto, que llegase a ser mentor y consejero principal de reyes y prelados y otras personas eminentes, abrumadas por las responsabilidades de sus decisiones.

Arzobispo de Santiago de Compostela

CORRIA el año del Señor de 1541, y habiendo regresado el Emperador de la jornada de Argel, vacante la Sede Compostelana por fallecimiento del Cardenal D. Pedro Sarmiento, quiso Carlos V mostrarle una vez más su alta consideración y estima, y pensando que con los grandes medios económicos de aquella Catedral, juntamente con el ejemplo vivo de su conducta, la reciedumbre de su temple y el fácil concurso de su palabra, tendría más amplio campo para la evangelización y la caridad, le presentó para el Arzobispado de Santiago. «A nuevo acceso, nueva renuncia—escribe Tarsicio Herrero—. Y así fue, que cuando el 10 de febrero de 1542, estando comiendo con otros clérigos y familiares, entre ellos el autor del manuscrito de Vegadeo, llegaron las Cédulas de S. S. Paulo III, nada se le dijo hasta que la refección fue terminada, por cuanto todos sabían el pesar que habrían de causarle. Efectivamente, tan pronto como tuvo conocimiento de la noticia, se retiró llorando a su oratorio, diciendo que lloraba porque le parecía, que Nuestro Señor, por sus deméritos y culpas, le quería castigar.

Realmente, su tribulación no era injustificada, porque la inquietud, confusión e indisciplina que encontró en la Archidiócesis, la pesadumbre de los numerosos pleitos y los abusos a que venían habituados hidalgos, clérigos y monasterios, no le dieron punto de reposo y sosiego, porque ni su esforzado ánimo, ni su prudente conducta y su apostólico celo de buen pastor, eran bastante a calmar tan revueltos clérigos y vasallos.

Don Gaspar Dávalos, que ya antes del Concilio de Trento del que fue preparador quiso emprender con todo ahinco la reforma de la dis-

ciplina eclesiástica, pasó por las más duras pruebas, a causa de que tan ardiente celo, por entonces no lo toleraban las circunstancias. En verdad, que seculares y clérigos, no le ahorraron disgustos y congojas, y el Concejo, secundado por el Gobernador y la Audiencia del Reino, procuraban entorpecer la acción del Asistente y de los jueces nombrados por el Arzobispo; había éste, suprimido el estanco del vino, que era la exclusiva que para venderlo los últimos meses del año, gozaban las bodegas de la Mitra, obteniendo muy saneados ingresos y había suprimido asimismo los derechos de carcelaje en todos los pueblos del Arzobispado; esto, que sólo era consecuencia de la bondad de su carácter, lo interpretaron los burgueses compostelanos, como síntoma de debilidad y renuncia de sus derechos civiles, y envalentados los Regidores con el favor de la Audiencia, tramaron una verdadera confabulación, acusándole contra toda verdad y justicia, de que imponía fuertes tributos y que los jueces eclesiásticos conocían en causas profanas con tanta arbitrariedad y violencia, que a muchos vecinos se les hacía imposible residir en la ciudad por temor a los atropellos de los dependientes del Prelado. Llegaron en sus desmanes, a arrebatrar y destruir las diligencias de recuento de un cargamento de oro, plata y piedras preciosas que para remitírselo a Su Majestad, mandó practicar el Arzobispo en una nave que procedente del Perú había buscado refugio de una tempestad en el Puerto de Vigo, propiedad del Arzobispado. En fin, tan tenebrosos manejos, llegaron hasta el Real Consejo y tan hábilmente supieron desfigurar la verdad aquellos intrigantes, que lograron tres Reales Cédulas del Príncipe Regente, el futuro Felipe II; censurando acerbamente el comportamiento del Arzobispo al que conminaba para «que obrase de modo que los alcaldes, regidores y vecinos de Santiago no tuvieran razón ni motivo para volver a quejarse ante él».

Empero, la malevolencia interesada, de Alcalde, Regidores, Escribanos y Curiales, su breve pontificado se caracterizó como en Guadix y Granada antes, por su intensa labor apostólica y abnegada caridad. Visitó su Diócesis, reformó los abusos y vida del clero, reguló para evitar el mal uso de las prebendas, las condiciones que debían reunir los coadjutores, resolvió con provecho para la Diócesis y servicio del Emperador, viejos e interminables pleitos, como el que sobre la Villa de Cacabelos, se sostenía con don Gaspar de Toledo, Marqués de Villafranca y Virrey de Sicilia. Sin tasa ni medida, distribuía limosnas,

y este desprendimiento, unido a su munificencia, pese a que sus caudales no eran pocos, «lo tenía siempre adeudado», como dice el anónimo autor del Manuscrito. Ejemplarizó con su vida y adoctrinó con su elocuencia, pues como escribe Pedro Suárez en la Historia del Obispado de Guadix y Baza «...eran más eficaces las palabras de su predicación con el ejemplo de la inculpable vida; por esto —añade— dijo un filósofo antiguo, que en el orador mueve el ejercicio mudo de las virtudes con mayor energía que el florido aparato de la elocuencia...» Así lo ejecutaba D. Gaspar Dávalos.

En Santiago, como en Guadix y en Granada, quedaron también expresivas muestras de su desprendimiento. En la transacción del pleito con el Virrey de Sicilia, se asignaron a la mesa arzobispal, cien mil maravedíes, que D. Gaspar cedió durante su vida al Cabildo, para dotar con ellos las procesiones del Corpus, además de otros mil ducados de sus bienes privados. Mandó reedificar la portada del Palacio Arzobispal, impulsó las obras de la fábrica de la Catedral, ordenando la demolición de muchas casas que afeaban la fachada del Este o de la Platería y se asentaron las rejas del Coro, concertó una concordia con el platero Antonio de Arfe, para el pago de la magnífica custodia que es joya de la Catedral compostelana, a la que dejó también, 20 marcos para un relicario que había de ponerse en el altar mayor, «en donde esté el Santísimo Sacramento». Como expolio del Cardenal, se guardaron en el Tesoro, un cáliz de oro con su campanilla y vinajeras, entre otros objetos de menos valor.

Entre las memorables fiestas, que en íntima relación con la historia de la patria, se celebraron en la Iglesia Catedral de Santiago, recogen sus anales, la que se hizo en acción de gracias por la gran victoria naval que contra la Armada francesa obtuvo el célebre Marqués de Santa Cruz, quien humilde y reconocido, acudió a postrarse ante el Patrón de España, realizando con su presencia, la solemnísimas ceremonia.

Con el Emperador en Italia y Flandes

No es posible en esta sucinta recordación de este gran español, seguir extendiéndonos, en el perfil de su imborrable personalidad. No nos detendremos tampoco en examinar si es o no exagerado el paralelismo que con el Cardenal Cisneros, sugiere alguno de sus panegiristas, pero no terminaremos esta disquisición sin anotar, que Carlos V, tuvo en él, uno de sus más eficaces consejeros en la obra de engrandecimiento de España; por ello, cuando la rivalidad y la ambición, nunca aquietada, del Cristianísimo Rey de Francia, suscita la

cuarta guerra con este país y la herejía protestante se agita en los Estados alemanes obligando al César a marchar a Italia y Flandes, nuestro Arzobispo con harto trabajo, pues se hallaba enfermo y con la pena del buen pastor que ha de abandonar sus ovejas, embarca en Barcelona con el César, por haber dispuesto éste, que así convenía a su servicio.

Tanto el Emperador, como su leal colaborador, anhelaban la apertura del Concilio de Trento, la cual se había fijado por el Papa Paulo III tras muchas dilaciones, para el 1 de noviembre de 1542. Parecía que el sueño de Dávalos iba a convertirse en realidad, pues, como hemos visto, recibió la invitación del Emperador para que le acompañara en su viaje a Italia. Ya en Italia, tras la celebración de conversaciones entre el Papa y el Emperador en Bussetto, la comitiva imperial dirigió sus pasos hacia Trento. El 1 de julio, día de su llegada, fueron recibidos por el legado pontificio, Cardenal Moroni, y el Emperador presentó a los purpurados españoles Gaspar Dávalos, Francisco de Mendoza y Martín de Urrea. Pero el 6 de julio de 1543 hubieron de suspenderse las reuniones del Concilio a causa de haberse declarado nuevamente la guerra, por cuarta vez, entre Carlos y Francisco. Dávalos no podrá realizar su deseo de asistencia al Concilio, pues cuando se dé la definitiva bula («Laetare Hierusalem», 19 de noviembre de 1544) fijando el comienzo para el día 15 de marzo de 1545, no se encontrará en condiciones de salud aptas para emprender el camino; incluso ni siquiera iba a tener el consuelo de saberlo reunido, ya que las circunstancias pidieron otro atraso y cuando el 13 de diciembre de 1545 comiencen definitivamente las reuniones, él ya habría fallecido. Al declararse la guerra entre Francia y España en el año 1543, su Majestad, partió para Flandes y con él también don Gaspar de Avalos, acompañado a su vez de su familiar, paje o secretario, autor del relato biográfico de su señor, y por él sabemos, de cuánto provecho y utilidad fueron sus consejos y exhortaciones a prelados y clérigos para mejor oponerse al avance del luteranismo. Predicó en Amberes con la asiduidad y elocuencia acostumbradas, con tan positivo resultado, que «parece —agrega— que nuestro Señor se sirvió mucho porque yo mismo les oía decir que Dios les había llevado este santo para que les apartase de errar y se volviesen a Dios».

Como dato curioso que pone de relieve al alta estimación que Carlos V tenía a D. Gaspar Dávalos, añadiremos, que en este viaje, conferenció D. Gaspar en Spira con el Arzobispo de Colonia, que ha-

bía sido duramente reprendido por el Emperador, por entender éste, que no se había comportado con los luteranos, con el rigor necesario. Deseaba el Arzobispo volver a la gracia de su Señor, y con este fin, procurando captarse la benevolencia de las personas que le eran más íntimas, hizo ricos presentes a D. Gaspar, entre ellos, un brazo de San Cristóbal y siete cabezas de las once mil vírgenes, una de las cuales fue la de Santa Paulina, guardada en la Catedral de Santiago en un magnífico relicario de plata, obra del gran orfebre Jorge Cedeira, realizada en 1553.

Es designado Cardenal-Presbítero y Electo de Toledo

VARON eminente en santidad, ejemplo de preladados, como lo calificó Juan de Avila, infatigable y celoso en la defensa de la fe, humilde, afable y caritativo hasta la prodigalidad, sabio y elocuente, colmado en fin de merecimientos en el servicio de Dios y de su patria, quiso el Emperador, ofrecerle una prueba más de su admiración y agradecimiento y a su instancia, la santidad de Paulo III en 1544 le otorgó la púrpura cardenalicia. A Santiago llegó la noticia el 23 de enero del año siguiente. Enterado el Arzobispo, dio gracias a Dios y lo participó al pueblo en un sermón, diciéndoles: «Ha querido nuestro santísimo padre Paulo II hacerme la gracia del capelo, ut cum honore refeliar, para que me enterréis con esa honra y autoridad, pues ya no se puede tardar mucho mi muerte». (Suárez, «Historia de los Obispados de Guadix y Baza». También lo recogen, Antolínez, Pedraza y López Ferreiro).

Posteriormente, por fallecimiento del Cardenal Tabera, Arzobispo de Toledo, fue electo para esta Sede Primada, de la que no llegó a posesionarse porque la muerte, que él había presagiado próxima, al ser nombrado Príncipe de la Iglesia, le sobrevino el día tres de noviembre de mil quinientos cuarenta y cinco, nueve días después de su designación, y a los sesenta años de su nacimiento en la Villa de La Puerta de Segura. Santamente, como había vivido, entregó su alma al Creador y su cuerpo a la tierra de donde había salido, en apacible tránsito, pero no de rodillas como es versión en Galicia, recogida del Cura de Leiro, Amaro González, por el insigne historiador D. Antonio López Ferreiro. Y de acuerdo con el testamento que había otorgado en Santiago a 23 de diciembre de 1544, recibió sepultura en el centro del pasillo que media entre el coro y la capilla mayor, colocándose sobre ella, una lápida de bronce, con esta inscripción:

«ILLUSTRISSIMUS DOMINUS GASPAR DE AVALOS,
 SANCTAE ROMANAE ECCLESIAE CARDINALIS, COMPOSTE-
 LLANAE VERO ARCHIEPISCOPUS.
 ECCLESIAE GUADIGEN. ET GRANATEN. PRAEFUIT;
 CUMQUE ILLAS SANCTISSIME GUBERNASSET,
 AD COMPOSTELLANAM TRANSLATUS,
 IBI CARDENALITIA DIGNITATE SUBSCRIPTUS, ORATIONI
 SACRARUM LITTERARUM PRAEDICATIONI ASSIDUE VACANS,
 SUOQUE PROBITATIS VITAE EXEMPLO CONFIRMANS,
 FELICITER MIGRAVIT AD DOMINUM, ANNO SALUTIS MDXLV,
 AETATIS SVAE LX.

«Ilustrísimo señor Gaspar de Avalos, Cardenal de la Santa Iglesia Romana; Arzobispo, en verdad de la Compostelana. Tuvo la dirección de la Iglesia de Guadix y Granada. Y gobernando aquéllas santamente fue trasladado a la Compostelana. Allí fue confirmado en la dignidad cardenalicia a menudo vacante, por la oración y la predicación de las Sagradas Escrituras, y confirmando la rectitud de su vida con el ejemplo, felizmente murió en el Señor el año de salvación de 1545, a la edad de sesenta años».

Allí permaneció su cuerpo hasta que en el último lustro del siglo XIX, al realizarse unas obras en la Catedral, se sacaron los cuerpos de los Arzobispos enterrados, y desgraciadamente se desconoce su actual paradero. En el Museo Arqueológico de Santiago enseñan al visitante la placa de bronce que cubrió su sepultura, pero en la que la acción del tiempo es tan notable, que sólo porque está documentada se puede decir que perteneció al Arzobispo Dávalos.

Todos los años, el día 21 de septiembre, fiesta de las Once Mil Vírgenes, cuyas reliquias trajo de Colonia, según ya hemos dicho, se celebran exequias por su eterno descanso en la Catedral.

Ilustre por su munificencia

*L*ARGO testimonio de su amor a Dios y a España por cuyos ideales luchó sin tregua esta alma gigantesca, nos ofrece su vida, pero quedaría incompleta su fisonomía, si junto al asceta abrasado en puros fervores evangélicos, al predicador de arrebatadora palabra, al teólogo que brilló como estrella refulgente en la constelación

de su época, no se hiciera mención de su munificencia inscrita con caracteres perennes en los recios sillares de sus obras y fundaciones.

Al hacer relato de su gobierno en las distintas diócesis, por las que pasó, anotamos ya algunos de los rasgos de generosidad y munificencia que fueron peculiares a su temperamento. Dio un legado de plata a la Catedral de Santiago para el culto del Santísimo Sacramento y otro para el relicario del altar mayor, además de la renuncia a los emolumentos de la mesa Arzobispal. Guadix, recibió un cáliz y una patena de oro, una mitra cuajada de piedras preciosas y la cruz de plata del guión arzobispal, aparte de otras joyas y objetos para la mayor magnificencia del culto. A la catedral de Granada, un dosel de terciopelo brocado con sus sitiales correspondientes, los tapices y reposteros que había adquirido en Amberes y otros ricos ornamentos por valor de 2.500 ducados. Al colegio de Valladolid hizo donación de mil ducados cuando por él pasó para dirigirse a Barcelona cuando acompañaba a su Soberano y protector en la expedición a Italia. Su misericordia y caridad fueron inagotables y «era cosa maravillosa (dicen las crónicas) la alegría y descanso que mostraba haciendo limosnas». Pero sus liberalidades no se limitaban a las cosas sagradas y al socorro de los necesitados, sino que en todo momento alcanzaron también a los que fuera de la Patria peleaban por su grandeza. Buen testimonio de ello, es el de aquellos 140 soldados sostenidos a sus expensas durante el tiempo que estuvo en Flandes y el de aquellos otros en número de más de trescientos que repatrió desde Amberes a España, en navíos costeados de su peculio.

No terminan aquí sus heroicas virtudes, sino que el ansia que le quemaba por el bien y salvación de las almas, le llevó a la erección de diversos colegios y monumentos que añaden nuevas glorias a su fundador, y así en el año 1534, fundó en Granada el convento de San Antón, de la Orden Tercera franciscana, aunque hasta el año 1549 no llegó la bula de Paulo III, en 1538 el de Santa María de los Angeles para monjes de la misma Orden, si bien, posteriormente, les fue concedido por San Pío V, el que pudieran profesar la Regla de Santa Clara; luego surgió por consejo de Juan de Avila, el de la Encarnación, de religiosas franciscanas y el de Santa Paula, de religiosas jerónimas; del primero fue abadesa, Sor Isabel de la Cruz, en el siglo, doña Isabel Dávalos, hermana del Arzobispo. En Guadix el monasterio de Santa Clara, para el que legó gran parte de su fortuna, cuyo

cuarto centenario se celebró solemnemente en noviembre de 1960. Uno de los actos de dicha conmemoración fue la rotulación del atrio de la Iglesia de Santiago, con el nombre de «Compás del Cardenal D. Gaspar Dávalos».

Justo y merecido homenaje que enaltece a la ilustre ciudad de Guadix, pero no por la razón de que allí naciera tan insigne prelado como en tal ocasión se dijo, sino por obligado reconocimiento de los muchos beneficios que recibiera y entre los que hay que anotar, la edificación en esa plaza que desde entonces lleva su nombre, de la Iglesia de Santiago, cuyo retablo encomendó a Diego de Siloe y en la que duermen el sueño eterno su padre D. Rodrigo y su hermano D. Juan.

En Granada, además de las piadosas fundaciones antedichas, impulsó notablemente las obras de la Catedral a las que contribuía anualmente con 600 ducados, amén de las limosnas que él mismo solicitaba de los fieles. En esta misma capital, fundó también el colegio de San Miguel para hijos de moriscos, al que dio constituciones y rentas y el Colegio Real para teólogos y canonistas, al que concedió grandes privilegios y del que salieron prelados, inquisidores, oidores y otros muchos claros varones.

Mas lo que hace vivo y perenne por sí sola, el recuerdo de nuestro Cardenal, e inmortaliza su memoria, es la fundación de la Universidad de Granada, en la que, como dato curioso anotaremos, ante todo, que el ilustre hijo de Segura de la Sierra, D. Martín Pérez de Ayala, profesó Teología escolástica, por orden de D. Gaspar, que así ayudó a salir de sus penurias a su ilustre coterráneo.

Dice D. Tarsicio Herrero del Collado, a quien no es posible dejar de aludir cuando del personaje que estudiamos se trata, que «al caer el último baluarte de la dinastía árabe, se había desplomado toda la cultura musulmana. Era preciso erigir centros de estudios superiores en el que había sido centro de alta cultura y depósito de toda una civilización, precisamente en la ciudad de Granada como cabeza de dicho reino», según reza la cédula de Carlos V.

Estas ideas geniales habían de encontrar eco en el corazón grande y carácter esforzado del arzobispo granadino, de la altura de un Cardenal Cisneros.

Como dice Lafuente, en el Tomo II de su «Historia de las Universidades», «a las necesidades tan especiales del reino, hubo la suer-

te que se uniera la gran preocupación y estima que por la enseñanza tenía Carlos I». En el año 1526 y en la Capilla Real granadina se reunió una junta para estudiar la posibilidad de crear una fundación docente en la ciudad andaluza; el 7 de diciembre dicta el Emperador una Real cédula en la que se hace eco del estado tan lamentable en que se encontraba la enseñanza y, para remediarlo, se crean nuevos organismos encargados de realizar la tan necesaria labor educativa.

La tradición de tan antigua vida intelectual, la voluntad del Emperador, las apremiantes necesidades del momento y, en fin, el mismo ambiente de Granada forzaban a revivir la extinguida llama del saber. Además, su situación será como exigían las Partidas, «de buen aire y hermosas salidas» y las riberas del Genil, sus huertas y las del Darro con la fuente del Avellano y en todas direcciones por la vega, una red de caminos completaban las condiciones naturales necesarias para que maestros y escolares «puedan folgar et recibir placer a la tarde cuando se levanten cansados del estudio».

Sólo faltaba concretar tal aspiración y a hacerlo vino la citada cédula del 7 de diciembre de 1526, dirigida al entonces arzobispo, don Pedro Ramírez de Alva, como representante más caracterizado de la intelectualidad granadina. En ella el Emperador le manda y autoriza para que haga las ordenanzas y constituciones necesarias «acerca de la forma como ha de ser el estudio... que avemos acordado haser y edificar en la ciudad de Granada como cabeza de dicho reino» y que hechas se las remitiese para que, como fundador y patrono, las apruebe y envíe a suplicar al Papa las confirme y erija en estudio general, imprimiéndole carácter internacional.

La prematura muerte de Ramírez de Alva (25 de junio de 1528) le impidió realizar lo mandado por el Emperador, para ello estaba destinada otra persona que también había intervenido en la referida Junta de la Capilla Real el año 1526, don Gaspar Dávalos.

Surge la Universidad de Granada, por las bulas de Clemente VII en el 12 de junio de 1531, con todos los privilegios, honores y prerrogativas y facultades lícitas, Cánones, Leyes y Medicina. Abre su palacio y luego la famosa universidad. Cincuenta mil ducados gastados le parecieron pocos para un centro de tal categoría, que irradia luz y cultura por toda Andalucía y como el Emperador por el gran concepto que del Arzobispo tenía, le concedió ilimitadas atribuciones para gastar de las rentas reales cuanto fuera necesario, dotó adecuadamente

las cátedras de todas las facultades y en virtud de bulas concedidas por Clemente VII se otorgaron a aquella Universidad los mismos privilegios que tenían las de París, Bolonia, Salamanca y Alcalá de Henares; dio constituciones al nuevo centro de enseñanza, del que nombró protector al Arzobispo que fuese de Granada, con facultad para conocer como Juez de todas las causas civiles, criminales matrimoniales y mixtas de los doctores, catedráticos, maestros y estudiantes.

Al mismo tiempo que la Bula de fundación y erección de la Universidad, dictó el Papa una carta ejecutorial dirigida a los Obispos de Cartagena, Guadix y Almería, ordenándoles que dieran cumplimiento y guardaran todo lo establecido en aquélla.

Una vez llegada la Bula al Arzobispo y usando de las facultades que ésta le concedía, reunió en su palacio arzobispal (19 mayo 1532) a su secretario, el canónigo Juan de Valdés; al Provisor; al Maestrescuela y a otro canónigo de la Catedral, ante los cuales, como testigos «dixo que por quanto esteva bien ynformado por experiencia y por relación de muchas personas fidedignas de las letras y méritos de los venerables maestros Juan Clemente y Miguel de la Garca y Francisco Ortiz... los yncorporaba e yncorporó en esta universidad (libro I de actos y grados, fol. 2).

El 8 de agosto, el Arzobispo nombró Rector al reverendo señor don Jorge de Torres, y Canciller, al licenciado Miguel de Muñoz, capellán de la Capilla Real, además de ocho consiliarios y doce diputados universitarios. En días sucesivos fueron jurando todos sus cargos, conforme a las Constituciones de Salamanca, por las que desde el primer momento se rigió la Universidad. Ahora bien, la Universidad granadina unió el carácter aristocrático de Salamanca, con el democrático de Valladolid y Alcalá, ya que sus maestros se habían graduado en su mayoría en estas dos últimas ciudades. En seguida comienza la preocupación del prelado, primero para traer maestros competentes y, después, para buscarles prebendas y beneficios con el fin de que se mantuvieran en sus puestos satisfechos. Sin embargo, el cuadro nunca estuvo completo, principalmente, por la conducta inexplicable de los prebendados de la Catedral y de la Capilla Real, que por razón de su prebenda estaban obligados a leer Teología y cánones en la Universidad, y a lo que se negaron desde un principio esquivando esta obligación con pretextos y disculpas, siempre que se les exigía. Aunque no se pueda determinar con exactitud, cuándo y en qué forma se cons-

tituyeron las Facultades, es indudable que desde un principio aparecieron funcionando, incluso con sus deanes y decanos, las tres Facultades de Teología y Artes, Medicina y Leyes y Cánones, respondiendo lógicamente a las necesidades que requerían una Iglesia Metropolitana, un grupo importante de hospitales y una Real Chancillería.

En los últimos años que Dávalos permaneció en Granada, la Universidad fue alcanzando su mayoría, resolviéndose los pequeños problemas de organización que sólo la práctica enseña.

Hoy, después de cuatro siglos, brilla la razón que tenía el Arzobispo en difundir «por todo el Reino al son de trompetas y atabales la merced que su magestad les hacía de mandarles hazer universidad general donde sus hijos y descendientes estudiasen». (libro I de C. Reales, folio 289).

Perfilada ya, con datos verídicos la figura egregia de D. Gaspar Dávalos, uno de los españoles más representativos de su tiempo, haremos mención seguidamente de otro insigne hijo de La Puerta de Segura:

D. Sebastián Clavijo, primer Abad de la Iglesia Colegial de Lorca

SU semblanza se ha de hacer en muy breves trazos, no sólo por la parquedad de los datos que hemos podido adquirir, sino porque nuestro ilustre comprovinciano y esclarecido consejero de este Instituto, don Rafael Láinez Alcalá, con más acopio de documentos y como él sabe hacerlo, se propone escribir la biografía de este magnate de la Iglesia, en la época del Renacimiento.

Fue D. Sebastián Clavijo, nacido en el lugar de La Puerta, arrabal entonces de Segura; innumerables beneficios y sinecuras y otros cargos disfrutó dentro de la Iglesia Católica, en su no corta existencia; debió nacer por los años 1480, murió en Murcia en 1554; tuvo numerosos beneficios parroquiales, dignidades catedralicias y colegiales, que simultaneó con el cargo de proveedor de las Armadas Reales, cargo que le obligó a residir frecuentemente en la ciudad de Cartagena donde tenía casa. También desempeñó cargos honoríficos en el Obispado de Cartagena, como Vicario y Gobernador; y en la corte romana, cerca y al servicio del Pontífice. Se sabe que en marzo de 1529 don Sebastián Clavijo estaba en la corte romana. Clavijo gestionó por en

cargo del Concejo de Lorca, ante el Papa Clemente VII, la creación de una Iglesia Colegial, y habiendo obtenido el Arciprestazgo de esta ciudad hizo de él libre renunciación para que fuese convertida en Abadía la Colegiata que se pretendía. Se logró la creación de la Colegiata que se llamó de S. Patricio y confiriéndose el título de Abad al mismo Clavijo.

D. Sebastián obtuvo de Su Santidad, para la erección de esta Colegial, dos bulas, en las que se le confiere el dictado de Abad Mayor de ella. Las dos se perdieron en los días luctuosos de 1536.

En la Capilla Mayor de la Colegiata tras de la mesa del Altar hay una lápida sepulcral rematada por el blasón de Clavijo, lápida y blasón colocados junto al muro de ábside en sentido vertical. La lápida está en latín y en ella se dice que D. Sebastián fue Deán de Cartagena, Conciliario regio, Abad y fundador, alma de esta Iglesia Colegial. Murió el 4 de abril de 1554. (El blasón está formado por un árbol en cuyo tronco hay un clavo y rampante sobre el tronco, un león en el lado derecho).

*D. Martín Pérez de Ayala, Obispo de Guadix y Segovia
y Arzobispo de Valencia*

SOBRE este ilustre hijo de Segura de la Sierra, del que dijo Menéndez y Pelayo que cuando la historia del Concilio de Trento se escriba por españoles y no por extranjeros harán en ella el más brillante papel, entre otros, «el maravilloso teólogo, don Martín Pérez de Ayala, Obispo de Segovia que defendió invenciblemente contra los protestantes, el valor de las tradiciones eclesiásticas» ya existe un apunte biográfico, suscrito por nuestra torpe pluma, en las hospitalarias páginas del Boletín de este Instituto, correspondiente al trimestre julio-septiembre de 1957; a ellas hacemos remisión en gracia a la brevedad. Por otra parte, como él mismo trazó su biografía en un notable y curioso manuscrito Memorial, que se conserva en la Biblioteca Nacional y la Colección Austral lo publicó bajo el título «El Concilio de Trento-Discurso de la vida», nos reducimos a añadir, que sus virtudes y letras, y no la fuerza del favor humano, le colocaron en las dignidades que tuvo en tres Iglesias de España y en la fama que le dio el Gran Concilio de Trento. Filósofo, humanista, gramático, po-

líglota, escritor, laboriosísimo y de excelente mérito, de grandes dotes de erudición y de ingenio y muy celoso en la defensa y propagación de la fe católica, fue una de las más excelsas figuras que destacaron en aquella magna asamblea. Era de condición recta y severa con lo que ganó más enemigos que amigos, dice uno de sus biógrafos, y por este y otros motivos —escribe otro— «al modo que con fuego se comprueba la plata y con el crisol el oro, así Dios prueba los corazones con los trabajos. Muchos fueron los que padeció D. Martín Pérez de Ayala y los que acrisolaron su corazón».

En Alcalá estudió Artes y Teología, en Salamanca fue discípulo de Francisco de Vitoria y se graduó de licenciado, aventajando en mucho a todos sus condiscípulos en una y otra Universidad. Pasó de esta última a la de Granada, por mandato de su Arzobispo D. Gaspar Dávalos. De aquí le sacó D. Francisco de Mendoza, Obispo de Jaén con el que fue primero a Italia, luego a Lovaina y habiendo muerto en Spira el Obispo, con la opinión que ya se tenía de sus letras, le mandó el Emperador que fuese a Worms donde concurrieron católicos y herejes a disputar la causa de la religión. Consejero leal y estimadísimo de Carlos V y del príncipe D. Felipe, fue Obispo de Guadix y de Segovia y posteriormente Arzobispo de Valencia, en cuya capilla de San Pedro yacen sus restos en severo túmulo de mármol.

El padre Constancio Gutiérrez S. J., en el resumen que nos da de la vida y actuación en Trento, del insigne hijo de Segura de la Sierra, dice, que, promovido al Arzobispado de Valencia, salió de Segovia el 7 de diciembre de 1564, dejando ya sentadas las bases del Seminario, de suerte que cupo a Segovia la altísima distinción de ser la primera en ejecutar la decisión tridentina relativa a los seminarios y en cuyo decreto él había tomado parte muy principal.

Recién llegado de Trento, el Obispo de Segovia comenzó a poner en práctica lo en él estatuido, con un celo ejemplar y valentía muy propios de su carácter. A este respecto dice Colmenares: «Nuestro Obispo comenzó luego a ejecutar decretos del Santo Concilio, principalmente en incompatibilidades y residencias, obligando a los que ocupaban muchas prebendas y curatos los dejasen quedando en uno solo que escogiesen y residiesen conforme al decreto y obligación».

Según Nicolás Antonio, escribió las siguientes obras:

1.^a—*De divinis, Apostolicis, atque Ecclesiasticis traditionibus. Coloniae. Apud Gasparem Gennepeum, 1549.*

2.^a—*Commentaria in Vniversalia Porphirii.*—*Granatae*, 1537.

3.^a—*Compendio y declaración de lo que son obligados a guardar los cavalleros de la Orden de Santiago, assi por los votos, fin de su orden y disposición de su regla, como por los estatutos y loables usos y costumbres de ellas.*

Obra a la que añadió, imprimiéndolos juntamente, un

4.^a—*Breve tratado para bien confesar.*—*Milán*, 1552.

5.^a—*Compendio para examinar la conciencia.*—*Valencia*, 1582.

La misma con el título de *Confessionario*, en Pamplona, 1612; y antes en Valladolid (1604) añadida a *La Protestación de la fe* del Maestro Castañiza.

6.^a—*El Catecúmeno, o Christiano instruido.* *Milán*, 1552.

7.^a—*Avisos de bien morir.* *Milán*, 1552

8.^a—*Doctrina Christiana para los que entienden ia algo más de lo que a los niños se les suele enseñar comúnmente, por modo de Diálogo.* *Milán*, 1554.

9.^a—*Catecismo en forma de Diálogo.* *Valencia*, por Pedro Patricio Mey, 1599.

Don Nicolás Antonio que ignora si esta obra será la misma que la anterior, dice, que la dio a luz el célebre arzobispo de Valencia, don Juan Rivera, habiéndola hallado entre los apuntamientos de nuestro D. Martín.

10.^a—*Doctrina Christiana en lengua árábica y castellana para instrucción de los nuevamente convertidos del reino de Valencia.* *Valencia*, por Juan Mey, 1566.

Personajes de la época mulsumana

QUEDARIA incompleto este ligero examen informativo, si en él se omitiera, el breve capítulo de los personajes que florecieron en la época musulmana y por su nacimiento están vinculados a la antiquísima villa de Segura de la Sierra, que presume de haber sido fundada por Sicoris, hijo de Atlante, el gigantesco Dios condenado por Júpiter a sostener el cielo sobre sus hombros, en castigo de haber tomado parte en la guerra de los Titanes.

De ellos, tenemos ya dada noticia, en el número 114 de la revista «Paisaje», ventana abierta a todos los horizontes de la cultura gien-

nense y a cuya benemérita labor no se ha rendido el homenaje que es debido a las conductas serias y trascendentes. Por este motivo, y porque realmente los datos que hemos podido acopiar son harto escuetos, vamos a decir de ellos:

Abrahim Ben Mohamed ben Sanahid Abu Isaac Alansareo

DE la Biblioteca Árábigo-Hispana Escorialense, de Casiri, Tomo II, página 60, tomamos las siguientes noticias: «Caballero moro de nobilísima estirpe, natural de Segura, insigne poeta, y grandemente halagado por la fortuna. Floreció en los primeros años del siglo XII; siendo todavía adolescente obtuvo el gobierno de la ciudad de Badajoz, y, más tarde, el de la de Jaén. Según el célebre Abu Bakero, su amigo, hubo de tomar parte varias veces en contiendas y certámenes poéticos, habiéndonos también dejado memoria de algunas de sus obras recopiladas por él mismo en su famosa historia titulada «Vetis serica», o sea en el código número 1649 de la antedicha Biblioteca.

Mohamed Ben Ali Ben Abdallá Allakhamita

CONOCIDO más bien con el nombre de Alshecurri, por el pueblo de Segura (Xecura), su patria, donde nació de noble y antiquísima familia en el año de la Hégira, 727, fue peritísimo en medicina y tanto sobresalió en su arte, que el rey de Granada, Mohamed Ben Yusuf Ben Ismail, le eligió por su médico de cámara.

De él nos dice Casiri, «hablando por boca del tantas veces citado bioliógrafo granadino Moamed... Ben Alkhathib, que dio a luz muchas obras», citando entre ellas las siguientes:

- 1.^a—*Postulatum Munus*. Obra sobre el arte médico así titulada.
- 2.^a—*Major Cura*. *Ibidem*, sobre experimentos con el citado título.
- 3.^a—*Judaeos perdomitos*. *Ibidem*, con tal epígrafe, sobre los errores de los médicos. Tratado eruditísimo, y enderezado, al parecer, según nos indica el mencionado epígrafe, contra los erróneos sistemas de los médicos indios.

Nasser Ben Abdallá Ben Abdelasis Abu Omar Algafeki

DE este insigne moro de últimos del siglo XII y primeros del XIII hemos adquirido los datos biográficos que a continuación transcribimos... Abu Omar Algafeki, nació en Segura. «Fue profesor de Letras, distinguido en los estudios de Jurisprudencia y no menos en Cronología, sobre lo que escribió algunas obras. Fue, además, Catedrático de Leyes en Quesada, pueblo poco distante del territorio de Segura. Aquí leyó sus «Prelecciones sobre Derecho», a la entrada del siglo XIII de Christo, algunos años antes de 1224, o como 20 antes de reinar en Murcia el cetro de San Fernando. Se colige este cómputo de su propia desgracia. Porque al mismo tiempo de ejercer este moro sus funciones literarias, los christianos, sitiando a Quesada, la hicieron suya. El, fue hecho cautivo. Los suyos, en fuerza sin duda del mérito literario con que brillaba, desembolsaron el precio de su rescate. Redimido ya, se transfirió a Lorca, donde habiendo vivido dos o tres años, falleció, contándose el 623 de su Egira y de Christo 1227».

El texto del Códice Escorialense y que es sin duda, el señalado en el número 1670, sólo dice:... que nació en Segura y fue «juriconsulto, cronógrafo no despreciable. Estuvo al mando de los Tribunales de Quesada, donde fue hecho cautivo entre otros árabes por los cristianos, que habían hecho pasar esta ciudad a su poder a fines del mes de Ramadán en el año de la Egira 621 (de Cristo 1224). Rescatado, finalmente, por los suyos por un precio determinado, vino a Lorca y en ella murió por voluntad divina en el año de la Egira 623. Otros creen que su muerte ha que datarla hacia 627».

Cuando se haga el estudio sobre los juriconsultos musulmanes que en su «Crónica de Jueces musulmanes de Jaén» inserta en el número 113 de «Paisaje» echaba de menos, el culto magistrado don Rafael de Mendizábal, habrá sin duda, que incluir, a ese ilustre moro que estuvo «al mando» de los Tribunales de Quesada.

Alonso Messia de Leiva

HIJO de doña Leonor Enríquez y don Fernando Messía, de la importante rama del linaje de Messía establecida en Iznatoraf y en Beas de Segura, fue otro ilustre segureño, Secretario del Con-

de de Niebla y deudo muy cercano de los Messía de Sevilla, gran amigo y colaborador de Quevedo a quien le ayudaba también en sus asuntos privados, como lo comprueba su intervención en la venta de los bienes de La Torre para hacer pago a Quevedo del censo que tenía sobre la Villa. Fue D. Alonso, varón de muchas letras, por cuanto con licencia del señor de La Torre de Juan Abad, enmendó *Los Sueños*, haciéndolos menos desapacibles a la censura. Algo análogo sucedió con el famoso *Cuento de Cuentos*, mandado recoger por la Inquisición, «in totum» y cuya publicación fue autorizada una vez que don Alonso hubo retocado el libro a instancia de su autor. A él se debe un *Soneto en elogio de la elocuencia española en arte*, del maestro Bartolomé Ximénez Patón, y una octava latina elogiando las *Concordancias* que el mismo autor hizo, para los *Proverbios morales* de Alonso de Barros.

Sus restos reposan en la iglesia de Villacarrillo.

Fray Juan de San Francisco

*N*ATURAL de Beas de Segura, de nobles y acaudalados padres que cuidaron con el mayor esmero de la educación de su hijo, estudió latinidad en Beas, pasando luego a Murcia para estudiar filosofía y se destacó tan notablemente, que sus profesores recomendaron a los padres, la conveniencia de enviarlo a una Universidad y así decidieron que fuera a Salamanca, donde resolvió alojarse en el convento de franciscanos de dicha ciudad, temiendo el contagio de la disipación y vicio de la mayor parte de los jóvenes escolares. El tiempo que le dejaban libre sus tareas escolásticas, lo pasaba en compañía de aquellos religiosos de quienes hizo sus guías y consejeros, y edificado por la virtud y la ejemplaridad de los hijos de San Francisco, decidió vestir su hábito, previa licencia de sus padres.

Al ingresar en el convento, cambió los apellidos de su linaje, por el apelativo de San Francisco, con el que fue conocido desde entonces.

Cumplido el noviciado y hecha su profesión, fue destinado a continuar sus estudios, primero en un Colegio y luego en la Universidad de la Orden mostrando tanto ingenio y aplicación que muy

pronto pudo ponerse en actividad de desempeñar los más delicados cargos, que como estudiante se conferían a los de su convento en las conclusiones públicas con que tenían que demostrar su idoneidad para pasar a otros estudios más importantes y difíciles.

Recibidas las Sagradas Ordenes, tanto se distinguía por su sabiduría y prudencia y su celo apostólico, que en seguida adquirió en el púlpito y en el confesionario verdadero renombre, haciendo concebir a sus hermanos de religión la esperanza, convertida en realidad, de que llegaría a ser uno de los más esclarecidos miembros de la Orden Seráfica.

La fama de su doctrina y prudencia se extendió rápidamente y de los pueblos más distantes se le solicitaba para Ejercicios y Misiones, y como quiera que por entonces se dispusiera una expedición de doce franciscanos para predicar el evangelio en Nueva España, uno de los elegidos fue Fray Juan de San Francisco, que recibió al saberlo grandísima alegría, «sin que a esta plena satisfacción que le cupo, contribuyera otro móvil que el de ser útil a sus hermanos los indígenas de aquel país donde la luz de la divina doctrina cristiana, o no había penetrado o se había extinguido».

Arribado felizmente a Nueva España, fueron bien recibidos por los indígenas y como la primera dificultad que encontraron fue el desconocimiento de la lengua del país, se aprestó a aprenderla no sólo con vistas o con miras a la tarea que se proponía llevar a cabo, sino también para poder transmitir sus conocimientos y experiencia a los misioneros que hubieran de sucederle, «poniendo, pues, en seguida manos a la obra, se hizo amigo de un indígena, con quien trabó un pacto de que nada le faltaría si le enseñaba el idioma, y por este medio, por algo de ciencia infusa y merced al don especial de penetración de que Dios le había dotado, logró muy pronto imponerse en la lengua mejicana, hasta el punto de que en menos de un año que la misión se hallaba allí establecida, pudo hacer un Diccionario que primero dió manuscrito y después se imprimió y luego unos Discursos Morales o Sermones Catequísticos, que sirvieron de mucho para sus sucesores».

Por su rigor en la observancia de la Regla y su celo catequístico, se ganó más que ninguno el amor de los indígenas y la admiración de los demás padres que, verdaderamente consternados de verle preso de la enfermedad maligna que le llevó al sepulcro, pusieron en

práctica todos los recursos y medios conocidos, aunque resultaran inútiles. «Observante en todo momento y edificando a todos con sus excelente conducta, pasó de ésta a mejor vida el año 1556, dejando admirables ejemplos para los suyos, muy buenos escritos para los que vinieron después, y en todos un recuerdo gratísimo».

La Biblioteca Universal Franciscana añade, que siendo provincial de la del Santo Evangelio, fué electo obispo de Nueva Galicia, «y por virtud de su mucha humildad no llegó a aceptar».

Fué el venerable Fray Juan de San Francisco, autor, entre otras de algunas obras escritas en lengua mejicana.

«*Mexicano Idionate Edidit*», «*Sermones Domiciales*», «*Orationes varias*», «*Collationes multas refertas varis Santorus exemplis, sautis utiles, e oportunas his, qie apud Indos, concionantur, aut catechin-zot*».

D.^a Catalina Godinez

TEMBLABAN aún los luceros en la alta madrugada de aquel día 23 de febrero del año del Señor, de 1565, cuando ante la Venta de Beas, que es lugar pasajero entre Andalucía y el Reino de Murcia, descendía una monjita de agraciado rostro y diminuta estatura, a quien acompañaban otros religiosos, dos caballeros principales y un sacerdote que se les había unido al pasar por Malagón. La jornada había sido fatigosa y atrás habían quedado muchas leguas de polvoriento camino.

No ha dormido, no ha descansado la monjita de feble humanidad y en el humilde mesón que empieza a desperezarse con las primeras luces de la amanecida, todo es incómodo, elemental y escueto, pero a madre Teresa, la empuja un prodigioso dinamismo interior y ni las adversidades de la salud quebrantada por tantas vigiliass y penitencias aceptadas como sacrificio en las penosas e interminables caminatas, y menos, las incomodidades de las posadas, mellan el ánimo de la monja andariega, que se abrasa en ardores místicos. Para un frugal refrigerio y un breve descanso, cualquier sitio es bueno, porque lo que urge es reanudar la marcha hacia Beas de Segura «en tierra muy deleitosa y de buen temple» adonde el señor la llamaba a una nueva fundación. Encontrándose en Salamanca había recibido un

mensajero con cartas de una señora de aquel lugar pidiendo «que fuese a fundar un monasterio, porque ya tenía casa para él, que no faltaba sino irle a fundar».

Residía en esta villa de Beas, un caballero que se llamaba Sancho Rodríguez de Sandoval, de noble linaje con hartos bienes temporales, casado con doña Catalina Godinez, de cuyo matrimonio, entre otros hijos que nuestro Señor les dió, fueron dos hijas, llamadas la mayor doña Catalina Godinez y doña María de Sandoval, la menor. Vanidosa y soberbia, despreocupada y poseída de sí misma, participa doña Catalina gozosamente en las fiestas y atenciones mundanas de la sociedad de su tiempo y no faltan mozos galanteadores, entre ellos un mayorazgo «que le estaba demasiado bien» —dice con su peculiar gracejo y estilo la Santa— con el que su padre proyectaba que habría de casarse. Nada ni nadie autorizaba a presagiar que aquella frívola adolescente, iba de súbito a renunciar a sus ventajas de linaje, de belleza y posición social, para entregarse con toda la fuerza de su corazón al servicio del Señor, con tantas renunciaciones, trabajos y heroicas virtudes.

Refiere el «Libro de fundaciones», que tenía a la sazón catorce años, y estando doña Catalina aún en su lecho, leyó «en un crucifijo que allí había el título que se pone sobre la cruz y súbitamente en leyéndole, la mudó todo el Señor... así como leyó el título, le parecía haber venido una luz a su alma para entender la verdad como si en una pieza oscura entrara el sol; y con esta luz puso los ojos en el Señor que estaba en la cruz corriendo sangre, y pensó cuan maltratado estaba, y en su gran humildad, y cuan diferente camino llevaba ella yendo por su soberbia».

Ello es que desde aquel instante dijo adiós al mundo y su humildad, obediencia y piedad, llegaron a asombrar a la misma Santa Teresa. «Ninguna cosa entiendo de esta alma —exclama— que no sea para ser agradable a Dios y así lo es con todas».

Fué doña Catalina, aquella señora que había enviado el mensajero a Santa Teresa, para que viniese a Beas a fundar un Monasterio y es fácil imaginar aquella mañana del 24 de febrero de 1565, cuando ya el júbilo de las campanas había santiguado el día, la entrada de la Santa en Beas con su acompañamiento de monjas y de Julián de Avila, Antonio de Gaytán y el sacerdote Gregorio Martínez, acogida jubilosamente por el vecindario para fundar el Monasterio llamado

S. José del Salvador, en el día de San Matías el Apóstol elegido por los restantes, después de la felonía de Judas.

Ahora que las gentes postulan su beatificación y en estos días precisamente en que las reliquias de Santa Teresa van por los mismos caminos que hollaron sus sandalias, al convento carmelitano de Beas de Segura, hubiera sido indisculpable, no mencionar en esta relación biográfica a su insigne fundadora doña Catalina Godinez.

* * *

*P*ASAN los tiempos y los hombres pasan. Nuevas inquietudes suceden a las inquietudes viejas y en este lento e inexorable giro de la vida, aconteceres y personas que gozaron de merecida fama y gloria, van sepultándose bajo el polvo de los archivos, cuando no se sumergen en las negras simas de la indiferencia y el olvido. De este modo, la muerte, era ignadora implacable que no espera ni aplaza su cita, al llevarse consigo a seres cuyos nombres por derecho propio debieran quedar inscritos en la Historia, borra la luminosa estela que dejaron en el camino de su vida. En contemplación de ello, nosotros embriagados en la emoción de nuestra tierra segureña, parcela entrañable del solar giennense, hemos creído que para liberar del olvido, rememorando aquellos valores que nos dan el índice de la presencia espiritual de la Sierra de Segura en el Santo Reino, ninguna ocasión era más propicia que la que nos ha deparado hoy el Instituto de Estudios Giennenses, cátedra abierta a todos los cuadrantes de la cultura.

APENDICE

Personajes nacidos en distintas localidades de la provincia de Jaén, que cursaron sus estudios en el Colegio Real de Granada

D. Benito de Gomboa, de Alcalá la Real, Oidor en la Cancillería de Granada, en el Consejo de Castilla y en el de Indias.

D. Juan de Baldivia, de Porcuna, presidente de la Audiencia del Santo Domingo en la isla Española, por los años 1560.

D. Rodrigo de Mendoza y Carvajal, de Baeza, Oidor de Santiago de Chile desde el año 1620.

D. Miguel Jurado, de Andújar, Oidor de Valladolid y después Alcalde de casa y corte por el año 1628.

D. Diego Ramírez de Aguilera y Villalta, de Jaén. Fué Juez de quiebras del Consejo de Hacienda desde el año 1651 con honores de Ministro togado.

D. José de Godoy y Villalva, de La Guardia, Alcalde de casa y corte y Juez de obras y bosques en los años 1650.

D. Alvaro de Reinosa, de Andújar, Inquisidor de Cuenca y después de Toledo, por el año 1560.

D. Marcos Piédrola, de Arjona. Fiscal de la Inquisición de Murcia y luego Inquisidor de Llerena, 1573.

D. Luis de Pedraza, de Baeza, Arcediano y Deán de Granada 1594.

D. Pedro de Molina, de Ubeda, Fiscal de la Inquisición de Granada y Deán de su catedral, 1627.

D. Pedro Serrano, de Andújar. Inquisidor de Llerena y luego de Valencia, 1603.

BIBLIOGRAFIA

D. José Pío Tejera y R. de Moncada: Biblioteca del Murciano o Ensayo de un Diccionario biográfico y bibliográfico. Madrid 1922.

D. Enrique Toral y Fernández de Peñaranda: Memorial de la Casa solar de Messia —Boletín del Instituto de Estudios Giennenses núm. 13. Jaén 1957.

D. Antonio López Ferreiro: Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela. T-VIII Santiago 1905.

D. Julián García Hernando: El Seminario Conciliar de Segovia. Segovia 1959.

Santa Teresa de Jesús: Libro de las fundaciones.

Compostellanum: Revista trimestral de la Archidiócesis de Santiago de Compostela, Sección de Estudios Jacobeos. Vol. III, núm. 2º. Santiago de Compostela 1958.

D. Tarsicio Herrero del Collado: De Guadix salió figura tan preclara para la Iglesia Católica como el Cardenal Gaspar de Avalos. Artículo inserto en el diario "Ideal" de Granada del día 25 de noviembre 1960.

Nota histórico-biográfica: Publicada con ocasión del cuarto centenario de la fundación del Monasterio de Santa Clara de Guadix. Guadix noviembre 1960.

D. Bartolomé José Gallardo y Blanco: Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos. Madrid 1863-1889.

Relaciones de los pueblos de España, ordenadas por Felipe II T-1-14 Real Biblioteca de El Escorial.

Biblioteca Arabigo-Hispana de Casiri: T. II Real Biblioteca de El Escorial.

D. Rafael Laínez Alcalá: Nota manuscrita sobre D. Sebastián Clavijo, primer Abad de la Iglesia Colegial de Lorca.

D. Diego Muñoz-Cobo Muñoz-Cobo: Genealogía del Cardenal D. Gaspar de Avalos de la Cueva.

Dr. Pedro Suárez: Historia del Obispado de Guadix y Baza. Madrid 1696.

D. Marcial Solana: Estudios sobre el Concilio de Trento en su cuarto centenario. Santander 1946.

D. Martín Pérez de Ayala: El concilio de Trento-Buenos Aires, 1946.

—Cédulas y autos sobre catedráticos de la Universidad (Arch. Cat. Granada, Libro II, folio 295).

—Atestación de Juan de Valdés, secretario de la Universidad, sobre los horarios y maestros de ella (Arch. Curia; libro I de Cédulas Reales, folio 191 y ss.)

—Fundación del Colegio Imperial de San Miguel (Arch. Cat. Granada, leg. 145, p. 14).

—Constituciones del Colegio de Sta. Catalina y otros asuntos del mismo (Arch. Cat. Granada, leg. 9, p. 5 y 6).

—Documentos de la fundación del Monasterio de la Piedad, Granada (Arch. Monasterio).

—Documentos de la fundación del Convento de los Angeles, Granada (Arch. Convento).

MANUSCRITO DE VEGADEO



j h s.

Por no ser tenido por perezoso y negligente (roto) soy ep (roto) puesto con el ayuda de nuestro señor dios (roto) onra y gloria suya de escrevir algunas cosas m (roto) sas y dignas de notar de la vida y dotrina y buen (roto) de la buena y loable memoria del Rmo. Cardenal y arzobispo de Santiago don Gaspar daualos que está en gloria (roto) la cual yo como testigo de vista en onze años que le seruí de dentro de su cámara diré y lo demas pregunté a personas fidedignas que lo conocieron desde su niñez santa y bienaventurada.

Capítulo 1.º

Este bienaventurado fué hijo de muy nobles padres y del linaje antiguo de los Avalos. Nació en la Puerta que es un lugarito pequeño. Viniendo por allí de camino le tomó a su madre el parto y a cabo de quarenta días despues de parida deste señor falleció desta presente vida. De allí se vino su padre a vivir a Baeza adonde aprendió a leer y estuvo hasta que fué de seis años y luego se fueron a Alcaraz y estuvo allí hasta que hubo ocho años adonde aprendió bien leer y escribir y luego vino a Guadix adonde tenían sus casas y hacienda y comenzó a estudiar gramática hasta que fué de edad de once años (roto) en casa del Rmo. don Fray Fernando de (roto) primero arzobispo de Granada, varon sancto y bienaventurado, en donde con este señor aprendió a vivir santamente, y era tan devoto y tan estudioso y tan amigo de leer en la sagrada escritura que siempre debaxo el brazo traía la consigo y el santo arzobispo si alguna vez acaso le veía sin ella le preguntaba: «Decid, mi angel, donde está vuestra namorada», lla-

mándole siempre «mi angel» porque le parecía en su hablar y en su mirar y conversar y en su gesto angel y así de todos los buenos y virtuosos era amado porque se maravillaban de ver su gravedad y su honestidad y limpieza. Era cierto limpio de adentro y de afuera y digo en fé de verdad que el mesmo lo dixo para gloria y honra suya en Lovaina cuando le dió una enfermedad grande que pensó que era la postrera; dixolo a cierta persona pensando que no lo oía nadie estas palabras: «A gloria y honra de Nuestro Señor lo digo y alabanza suya, yo estoy como San Juan Evangelista en la limpieza de mi cuerpo aunque soy en otras cosas malo y pecador», cosa es, por cierto, de notar y por esto lo digo aquí pareciéndome que convenía decir este milagro de ver en tiempos tan malos y tan peligrosos un virgen bienaventurado.

Capítulo 2.º

Y aunque vió este bendito señor que su mocedad se pasaba y que aunque en la... (roto) bien por ser en compañía y servicio de aquel santo no lo gastaba conforme a su deseo que era estudiar artes y teología, pidió licencia y la bendición de su señor para irse a Salamanca, la cual le dió con dificultad porque le amaba entrañablemente porque conocía la bondad y buena inclinación que tenía, en fin se la dió y le besó en el carrillo y dixo a los que allí estaban como le había de suceder en el arzobispado. De Granada fué a Salamanca de edad de dieciseis años y estuvo en ella estudiando artes hasta que fué de XX y uno, adonde se graduó de bachiller, licenciado y maestro. Este tiempo gastó en estudiar con mucha vigilancia y el tiempo que no estudiaba dábase a la oración porque siempre fué muy devoto y su comunicar y su conversar era con personas graves y religiosas. Confesábase muy a menudo y recibía el Santísimo Sacramento de quien era devotísimo.

Capítulo 3.º

Quando entró en los XX y un años pareciole que no estudiaba en Salamanca tanto como él deseaba y determinó con licencia de su padre y con el ayuda del señor Marqués de los Veléz que era deudo suyo muy cercano de ir a París a estudiar la Sagrada Teología adonde

estuvo oyendo y pasando los doctores sagrados por espacio de siete años, adonde se graduó de bachiller formado en Teología y de licenciado desde que fué de edad de XX y VIII años determinó venirse en España y vino por Valladolid, con propósito de ir a ver a su padre y acaso estaba vaca colegiatura del Colexio principal de teólogos y por oposición se la dieron y le recibieron todos los colegiales con muy grande regocijo adonde estuvo siete años y fué uno de ellos retor. La vida suya de París y del colegio a todos es notoria que era como de un santo, era muy estudioso y exemplo de toda onestidad y recogimiento era templado en su comer, bebía siempre agua hasta que fué de cinquenta y seis años que por importunación de los médicos y de sus criados y por las yndispusiciones del estomago y yjada beuió vino muy aguado.

Capítulo 4.º

Y aquí se le acabaua el tiempo del colegio estándose seguro le embyaron de Murcia el cabildo de la yglesia a llamar que le auyan eligido por canónigo de la canongía magistral y luego a resedir y residió siete años, siempre todos los domingos y fiestas predicaba sermones llenos de ciencia y dotryna maravyllosa. Comenzó de nuevo a hazer nueva vida; era de todos los eclesiásticos y seglares amado y reverenciado; teníanle todos tanto respeto como si fuera su propio perlado; era muy celoso de la onrra de Dios y de su yglesia, enemigo de los erejes y perseguidor y a esta causa su Majestad le mandó que fuese a Valencia contra los alumbrados y contra los nuevamente convertidos, y vino a Toledo porque también comenzaba a saltar aquella mala centella y con el ayuda de Nuestro Señor la distyrpó del todo en espacio de año.

Capítulo 5.º

Visto por Su Majestad el provecho deste señor en aquello que le había encomendado, sin hablarle persona sino Dios que guiaba las cosas deste santo varón, acordó de envialle la cédula de la yglesia de Guadix que a la sazón estaba vaca y vyendo que esto venya de mano de Dios por el deseo que tenía de subirle y de aprovechar las animas,

especialmente aquellas que eran de nuevamente convertidos, con umildad y muchas lágrimas aceptó el obispado y de que vinieron las bulas fué luego a residir en su yglesia y comenzó a visitarla y a hacer constituciones santas y benditas y visitó todo su obispado y comenzó a edificar la iglesia mayor y en tres años y medio que fué obispo la levantó casi toda y nunca cesó de pedricar y allende de su pedricación Su Majestad le encomendó la visitación del obispado de Málaga y la de la capilla Real de Granada adonde pasó grandes trabajos y una enfermedad de los soles y sermones, y contyno estudio que le puso al fin de sus días y pensaron que muriera.

Capítulo 6.º

Desde que se vió perlado comenzó vida nueva aunque la pasada era llena de dotrina y virtud y linpieza y acrecentó los ayunos y las disciplinas; todos los viernes se disciplinava gravemente y ayunaba y hacía notable sentimiento este día en el atavío de su persona que se tiraba los guantes y los anillos y decía siempre la pasión de San Juan con lágrimas y mucha devoción, casi aquel día no se reía ni quería oír reír; en la noche se dava una muy recia dyciplina como está ya dicho; era muy contino en la oración mental; quando había estudiado las horas canónicas las rezaba con mucha devoción y muy pausadas y siempre aunque tuviese negocios no perdía la hora del rezar; rezaba cada día los siete salmos penitenciales con su letanía y víspera y maytines y laudes de finados; celebraba cada día, si no era por notable indisposición; era gloria y descanso oírle decir misa; tenía grandísima devoción y reverencia en el Santísimo Sacramento del Altar y así se le iban los ojos a él mirándole y llorando especialmente el día y otavario del Sacramento se le parecía el alegría y regocijo que tenía y buscaba nuevas maneras para honrrar y festejar esta santa fiesta como se pareció en Granada siendo arzobispo y en San Tyago el tiempo que fué prelado della que aun en Granada se quedó aquella buena memoria de lo que él ordenó y hizo. Era muy devoto de Nuestra Señora la Madre de Dios y así las fiestas principales suyas las celebraba y decía misa de puntifical y todas ellas predicaba maravillosamente y así parecía como milagro que en aquellas fiestas tenía mayor gracia en los sermones que en otras fiestas aunque en todos

era excelente su doctrina. Ayunaba muchas destas fiestas a pan y agua, y olvideme hablando de los viernes de lo que hacía el Viernes Santo. En ansi que habiendo un día antes hecho olio y crisma y no comido hasta la tarde por dar de comer a dos pobres él mesmo y lavarles las manos y besárselas haciendole una reverencia hasta el suelo, tirado su bonete, con su gesto lloroso mostrando mucho sentimiento de lo que sinificaba lo que acía, y luego les daba a cada uno una vestidura y dineros de limosna y después iba a su iglesia y lavaba los pies de rodillas a doze canónigos con multitud de lágrimas y oído el sermón iba a comer, despues de comer, rezaba sus maytines y quedábase encerrado en su cámara diciplinándose y orando toda la noche; yo sé cierto que dormía muy poco y sé bien que le hallaba muchas mañanas vestido y puesto su roquete como un ángel, ansi que venido el Viernes Santo íbase a oír la pasión o andar siete o ocho iglesias y volvía a su iglesia a hacer su oficio y hacíalo con tan gran devoción que verdaderamente viéndole tomar la cruz y hacer aquellas ceremonias y verle adorarla y verle descalzo y verle el abundancia de lágrimas y gemidos y sollozos que daba era para mover a devoción aunque los corazones fueran de piedra y iba a comer con todos estos trabaxos, pan y agua y en la noche volvía a su acostumbrada diciplina. Era cosa maravillosa de ver el hervor que tenía en el oficio divino y predicar de deseo grande que tenía, mas he dicho lo que hacía e hizo hasta el día que falleció porque me pareció que vino aquí a propósito.

Capítulo 7.º

Pues teniéndolo, como tengo dicho, Su Magestad por siervo de Nuestro Señor, encomendole la Santa Iglesia de Granada el año del Señor 1528, adonde residió hasta el año de quarenta y dos haciéndole maravillas. Visitó personalmente todo su Arzobispado, sin dexar iglesia, y no sabía descansar del celo grande que tenía sino que dió en diversas veces quatro vueltas visitándolo personalmente y animando aquellos moriscos y así le salían a recibir como si fuera señor de todos, y le decían en su lengua «Ya viene el gesto de paraíso», otros le decían que era ángel, otros que era el alegría y consolación, no quedaba hombre ni mochacho que no saliese a mostrar el regosijo que tenía con su vista y así hacía grandes limosnas. Era a maravilla

muy misericordioso. Jamás vió probe que luego no le mandase dar limosna, sin la que hacía a personas avergonzantes y a los monesterios que eran muy grandes. Honraba mucho a los Religiosos, y a todos los socorría y consolaba con manjar espiritual y corporal. De-seaba en gran manera que se acabase la Santa Iglesia de Granada y así daba muy gran priesa a ella y la ayudaba cada año con seiscientos de su cámara (sic) sin el cuidado grande que tenía de pedir él mesmo las fiestas y a todos los grandes y pequeños, ricos y pobres de su arzobispado les pedía que ayudasen para lavrar la de Nuestra Señora y hallaban por cuenta muchos años que valía la limosna quatro mil ducados sin los propios de la fábrica. Dió dos ornamentos muy ricos a la iglesia que le costaron mas de mil y quinientos ducados. Dió otro ornamento a la iglesia de Murcia que le costó ochocientos ducados, y así con estas cosas y con tener en su casa muchos hijosdalgo por pajes y otras personas de calidad y letras, estaba siempre necesitado, no alcanzaba un real, de contino le conocí adeudado. Venían de toda el Andalucía los religiosos de diversas órdenes y las monjas a pedirle y siempre les socorría abundantemente. Era cosa maravillosa el alegría y descanso que mostraba que tenía dando y haciendo limosnas, el gesto siempre riendo y alegre. Era muy grande eclesiástico que era cosa maravillosa verle hacer los actos pontificales en una misa. Quando celebraba órdenes, allende del trabajo que tomaba en hacerlas, y en estar muchas veces hasta las dos y las tres de la tarde y predicar ocho o diez sermones formados, después de dada la bendición, rogaba a los de orden sacro que se viniesen a comer con él porque después de comer les darian luego a la mesa sus cartas por fruta de postre y que a los que fuesen extranjeros se les darian dineros para el camino y así se hacía gratis y el secretario no llevaba ninguna blanca por el trabajo del escrevir o por el pergamino sino que todo había de ser gratis verle hacer olio i crisma, verle consagrar aras, no se puede decir su devoción y su oración y su atención y su celo y cuidado grande que tenía en hacer su oficio por el deseo que tenían que se salvarsen y por hacer lo que era obligado trabajaba que no sabía estar jamás ocioso tanto que a todos de solamente verle trabajar cansaba y él no sentía cansacio en las cosas de Dios, antes alegría grande y mucho alivio.

Capítulo 8.º

El año del Señor 1542, día de la gloria Santa Escolástica a diez de hebrero, estando predicando en la mesma iglesia y parroquia porque ésta era su costumbre de predicar los días de los santos cuyas abogaciones isiera monasterio, iba allá y daba de comer a los flayres y quedábase a comer con ellos y después de comer y dadas gracias predicaba a los flayres otra vez palabras maravillosas y de gran doctrina y consolación; así que, volviendo al propósito digo que le vino la cédula del arzobispado de San Tyago y no se le dixo hasta que acabó de comer porque conocíamos dél que le abría de penar en el ánima y así fué que luego se entró en su oratorio y se encerró y lloró mucho y para consolarse se fué para el monasterio de la Cartuxa con sus ojos lagrimosos y su rostro turbado y muy demudado y se estuvo con aquellos padres casi todo lo que restaba del día y dixo que lloraba porque le parecía que Nuestro Señor por sus deméritos y culpas le quería quitar de la quietud y reposo que tenía en su espíritu para castigarle con la inquietud y revuelta y confusión de los vasallos y pleitos que la iglesia de San Tyago tiene y que le parecía que su vida ya no había de ser sino muerte y que todo el orden que en su casa tenía se le había de deshacer y así fué porque desde que entró en la Santa Iglesia de San Tyago no supo que cosa era alegría espiritual y corporal, y así le oia yo gemir muchas veces dando gracias a Dios y doliéndose de lo que había perdido y del poco fruto que pensaba hacer y es cierto que en Granada, como tengo dicho, infinito aprovecharon sus sermones y sus limosnas y acá antes eran escándalo porque como todos los hidalgos y clérigos y monasterios tienen por la mayor parte usurpados todos los bienes y rentas y vasallos de la Iglesia, quiso proveerlo y a esta causa levantose tan gran tempestad de pleitos que casi eran sin número y con esto lo que predicaba antes dañaba que aprovechaba ecepto a el común que le amaban y le tenían por santo; pero grandísimos trabajos y penas y desabrimientos tuvo desde el día que fué perlado de Santiago, que cierto si algunos dellos yo quisiese particularizar daría pesadumbre, basta que sepan que Nuestro Señor Dios fué servido de traerle allí para que fuese mártir aunque él se esforzó el primer año a visitar por su persona como buen pastor todo su arzobispado comenzando por su iglesia desde quince de

Julio de 542 hasta el primero de 1543 que vino a su iglesia por predicar la quaresma y así predicó hasta el segundo domingo de quaresma porque aquella semana tercera le mandó Su Magestad que luego se partiese para Barcelona adonde él estaba porque convenía al servicio de Dios y suyo para que se comenzase el Concilio y que después se suspendió hasta el año de 1545 al fin dél, así que, aunque estaba con calentura por el gran deseo que tenía de ver efectuarse el Concilio se partió y fué con Su Magestad hasta Flandes con harto trabajo y pena y cuidado que tenía de su iglesia por estar ausente della y compasión de ver las cosas de Allemania tan perdidas por la perversa seta luterana, y así en las ciudades que había de católicos hablaba a los perlados con lágrimas mimándolos por que se esforzasen a servir a Dios y a resistir a el demonio, y aquella pestífera seta y a los monjes o fleires de todas las órdenes les amonesta[ba] lo mesmo y los socorría con su limosna que ésta era su guía en qualquiera parte que iba y así muchos soldados del campo perecieran si no fuera por sus grandes limosnas y en haber sustento más de ciento y quarenta soldados en quarenta y tantos días que allí estuvo dándoles ración, y cuando pasó en España dió navios y traxo a su costa trecientos y tantos soldados a quien esta cibdad de Envers hizo ansy servicio a nuestro Señor desta manera.

Capítulo 9.º

Pues como tengo dicho, estando en Envers los días ya referidos en todas las fiestas predicó a los españoles mercaderes que allí hay muchos y de diversas condiciones, y cierto parece que aunque los trabajos que este señor reverendísimo pasó en esta jornada no sirvieran más de para ir a esta cibdad a convertir con su santa dotrina a estos que así estaban dañados, parece que Nuestro Señor se sirvió mucho porque yo mesmo les oía decir que Dios les había llevado este Santo para que les apartase de error y se volviesen a Dios, pues no le faltaron enfermedades que en Lovaina tuvo, que le llevó a lo último, en la qual se conformó mucho con la voluntad del Señor y se aparejó como quien él era y quiso Dios de librarle y volverle en España por el Mar Oceano y desembarcose en La Coruña, lugar de su arzobispado a los XXVIII de Febrero de 1544 y residió en Santiago casi dos años

con muchos trabaxos y penas, congoxas, pleitos y con todo gran paciencia y alegría diciendo que mucho más merecía él a Dios, y con todo esto siempre hizo su oficio de buen pastor y a sus ovejas de continuo las apacentaba con su santa y bendita dotrina.

Capitulo 10.^o

Pues queriendo Nuestro Señor dar fin a los trabajos y penas deste bienaventurado, quísole primero honrrar y envirole su Santidad del Papa Paulo tercio deste nombre el birrete de Cardenal a instancia del Emperador nuestro señor, y llegó dia del bienaventurado Santo Ilefonso que es a los dos o tres días de Enero del año 1545; y dia de las once Mil Virgenes que es a tres de Octubre le envió Su Santidad el capelo, y a dos o tres del dicho mes le recibió en el altar de Santiago dia de su madre Santa María Salomé, y a XXX días del dicho mes le dió el mal de la muerte, víspera de Todos Santos, después de haber celebrado las vísperas de Pontifical en su iglesia y después de haber dicho maitines con gran devoción cantados en su casa a las dos de la noche, sábado, porque domingo era dia de Todos Santos. Le dió un dolor de ijada muy cruel y diole cólico y fué tan recio el mal que en cinquenta y cinco oras le arrebató y le sacó desta presente vida. Quien podrá ni sabrá contar la bienaventurada muerte de este señor, la conformidad que tuvo con Dios, con gran humildad y paciencia le llamaba y así la mañana que dió el alma a Dios que la crió a las tres se confesó aunque el sábado antes lo había hecho y dicho misa con grandes lágrimas; pero para más abundancia se reconcilió y luego previno su testamento que tenía ya hecho, y hizo con toda la diligencia posible un codicilo, y entretanto se le comenzó a levantar el pecho y desde vió a la priesa tan grande y el poco tiempo, mandó que luego se le dixese la misa la cual dixo el cardenal Ospina con mucha devoción, y el cardenal mi señor se levantó de la cama y se vistió para oír la misa dando infinitas gracias al Señor que le llamaba, y no fue nadie parte para estorbarle que dexase de levantarse antes reprehendio a los que se lo impedían, y se sentó en una silla y desde allí oyó la misa, y ya que se acercaba la ora y el pecho estaba muy alto, creciole la devoción y puso sus manos juntas hacia el altar y adoró el Santísimo Sacramento y a la sazón vino el Padre Guardian de San Fran-

cisco y alegrose con su venida y abrazole y diole en el rostro que así lo acostumbraba el dar a las personas graves y religiosas y díxole: «Venga vuestra reverencia muy en buen hora» y en esto tráenle el Santísimo Sacramento y puso los ojos en él con muy gran fervor y adorele y rogó a todos los que allí estábamos que le ayudásemos a decir el salmo de Miserere mei Deus y díxolo todo hasta el fin y en el quinto verso se hirió en los pechos diciendo: «Tibi soli peccavi et malum coram te feci» y dicho dixo: «Domine, non sum dignus», como es costumbre y el que tenía el Santo Sacramento en las manos preguntole si le quería recibir y respondió: «Recíbanos él por su misericordia infinita que será irreverencia recibirle, y por tener el pecho tan levantado, dad acá besarle hemos y adorarle hemos», y llegáronsele y besole con muy gran devoción y baxó los ojos para que se lo pusiesen en ellos y quedaron sus ojos muy abiertos y su rostro alegre puesto en el Sacramento, y comenzó a morir, y visto esto preguntáronle si quería recibir el óleo y dixo «sí» con muy poco aliento y en esto dásele el santo olio luego que estaba allí esperando y no dixeron salmos ningunos porque no hubo lugar sinó unyéronle con celeridad, y en esto dixo a su contador que le tenía la candela puesta en su mano: «Hermano dadme la cruz» y tomola en la mano y inclinó su cabeza y dió el alma a su Criador, y él mesmo cerró sus ojos y su boca santa que siempre en vida la abrió para alabar y bendecir al Señor con sus sermones maravillosos llenos de doctrina, y así falleció este señor martes a tres días de noviembre entre las seis y las siete de la mañana año del Señor de 1545, y quedó su rostro tan hermoso y tan lindo como de un ángel. Enterrose a la tarde, después de vísperas con gran solemnidad porque se hallaron las Ordenes de San Martín y Santo Domingo y San Francisco y la Merced y San Antón sin faltar nadie y el Cabildo de aquella Santa Yglesia de Santiago con grande clerecia a la entrada del altar mayor de Santiago, entre los dos coros, en medio, dixéronse muchas misas y oraciones y sermones a honrra y gloria de Dios y de su bendita Madre la qual ruegue a su Hijo preciosísimo nos dé á todos su gracia para que le sirvamos y siempre en todo hagamos su voluntad y al fin de la jornada nos lleve consigo a su santa gloria a donde creo, sin duda, está ya este bienaventurado señor mio. Amén.

CARTA DEL CARDENAL DÁVALOS REFIRIENDO LA IMPOSICIÓN DEL CAPELO
EN COMPOSTELA.



j h s

muy magnyficos
señores

por q mergelina será cierto quyse escrevir esta en q/dygo q tenemos todos salud gracias sean a dios nuestro señor /y su santidad del papa me mandó enbiar el capelo con / un cavallero Camarero suyo q se llama don garcía man-/ryq llegó aquy a xxj del presente dya de las onze mil/virgines. Recebilo de mano del señor obispo de tuy en esta / Santa yglesia de Santyago a xxiiij día de la glorioosa / Santa maria salomé su madre. es tan peqño q no aprovecha para defender del sol ny del agua ayúdenme vestras (sic) /mercedes a rogar q aproveche para la conciencia teny/endo de contyno en la memoria el ualor del deramamyento/ de la sangre q synifyca q pues viene a la ve/jez a quien no tyene ny puede yr a servir con él en roma/solamente a lo q parece para autoryzar y onrar la sepoltura cosa es q deuria de ser muy consyderada para/q fuese la muerte muy proveyda de nuestro señor / para ello su gracia por su pyedad bendyta amen y a vue/sas mercedes en gran abundancia para q la ayda q / qda la pasen con mucha alegrya y confyança de la gloria q nos espera procuren dende luego a hazer mu/chas limosnas q lleven al otro mundo del / como hachas encendydas myrando q no dexen / mandado q se cumplan ny paguen deudas nyngunas / antes se antycipen con tyempo a pagallas q quien / esto haze y parte con fé y amor de nuestro Señor / y acompañado de los santos Sacramentos seguro puede/yr por más q le amenazen sus pecados pues tyene más gana de perdonallos q tuuyamos nosotros volun-/tad de hazellos al tyempo y sazón q eramos malos /anymos que tyenen tan buen señor porq no an de esperar / por cierto no deven temer con más recelo del q se i/ciera en su santo amor vesas mercedes esfuércense / oy biuan alegres y seguros como conuiene a los/q tyenen coraçones fyeles y generosos qndo/llegare esta creo q estará ay el Snor tello dagilar el/y nuestra hija, su esposa, la ayan por suya q desde acá/les pedymos del Señor bendycción y gracia y confyamos / se la dará su myserycordya dense nuestras encomiendas a

todos los monesteryos y al señor tesorero y maes / tro arryeta y al señor don Juan Fajardo y al dotor nuñez y a todos esos señores que no espresamos en esta por / no hazella nomyna de don dyego se tenga / mucho cargo q sea vyrtuoso y de don Juan y don gaspar q. aprovechen en el es / tudyo sea dios el nuestro en q aprendamos / a servyllo y temello q prospere de contyno / las muy magnifycas personas y casas de vesas / mercedes como acá y allá es deseado de Santia/go a XXVij de otubre 1545 /.

Desea mucho la saluación de vesas /
mercedes.

Gpar Carlis. Conpostenys.